

**BRUGUE
RA**

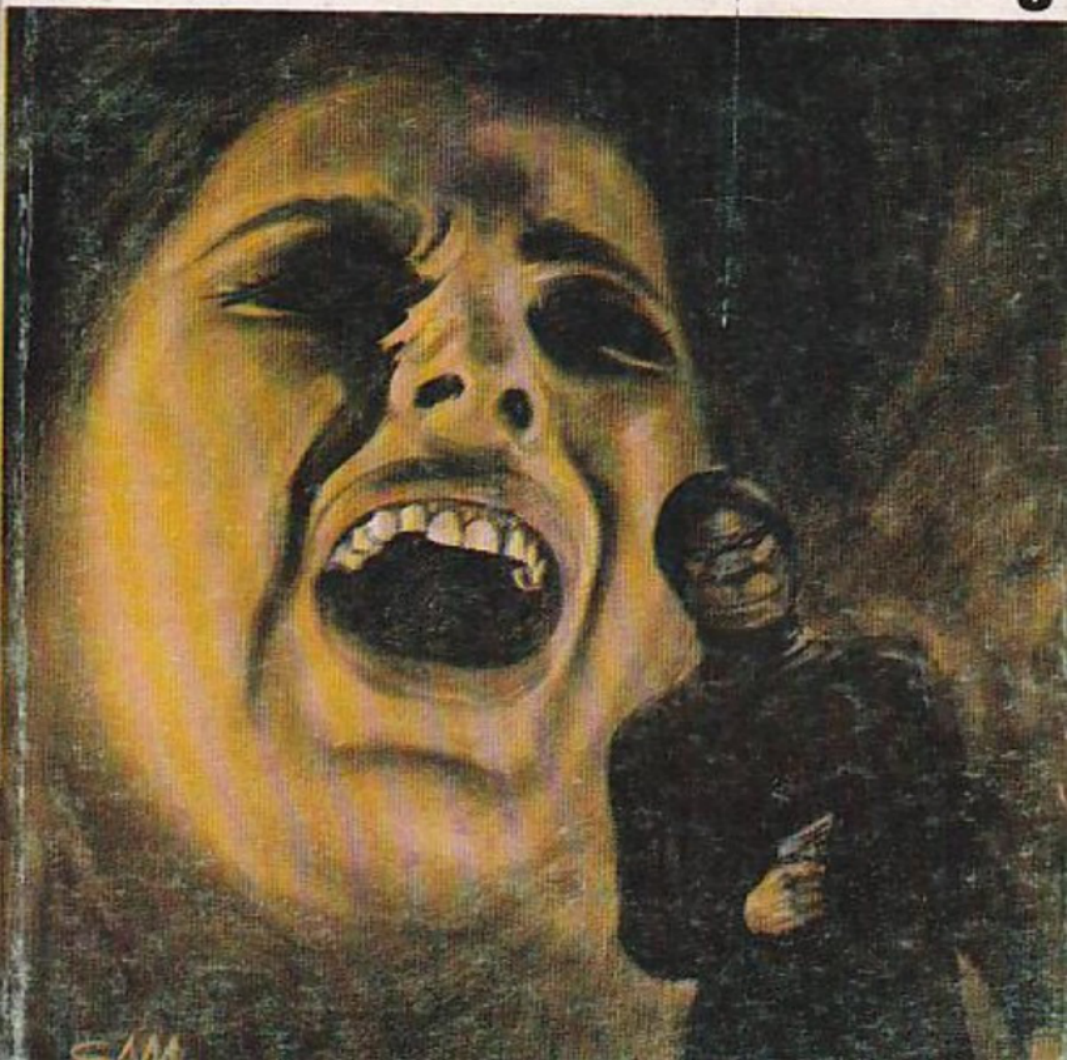
BOLSILIBROS



POLICIACO

TAMBIEN SE MUERE EN AFRICA

Bab Fleming



PUNTO-ROJO

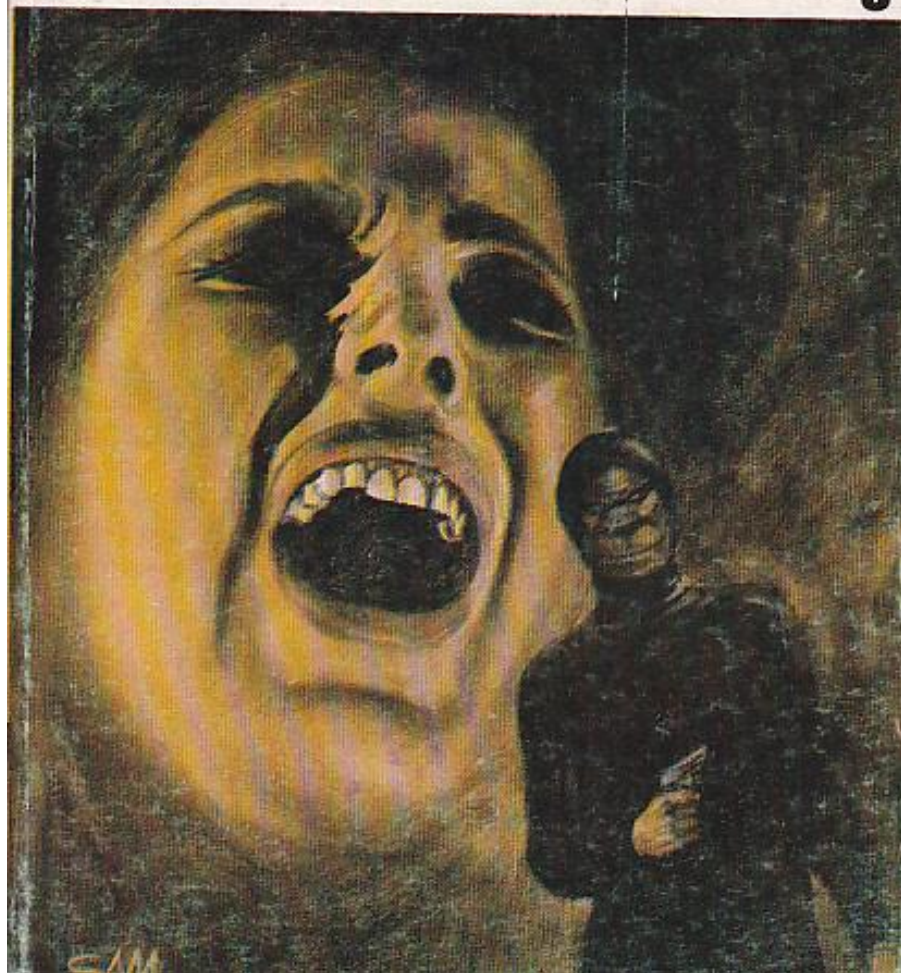
**BRU
GUE
RA**

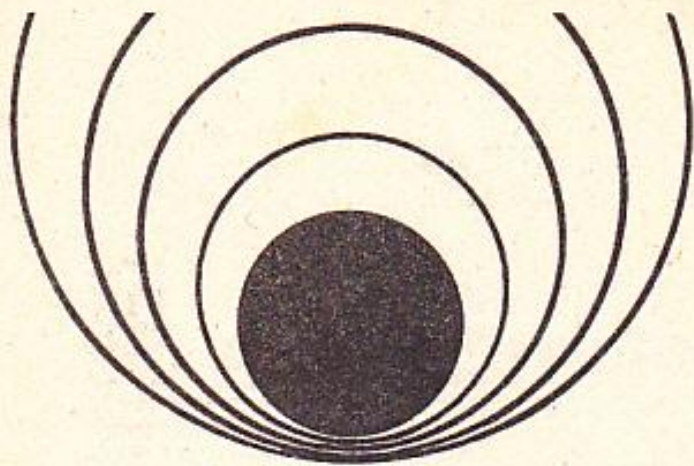
BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

TAMBIEN SE MUERE EN AFRICA

Bab Fleming





PUNTO ROJO





BAB FLEMING

TAMBIEN SE MUERE EN AFRICA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.164 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTA MISMA AUTORA EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Punto Rojo

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 35.739 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: diciembre, 1984 1.a edición en América: junio.
1985

Bab Fleming - 1984

texto

© Sampere - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Dan Kright abandonó su Audi 100GS en un parking situado frente al 95 de Baker Street y a paso gimnástico atravesó la concurrida calle londinense.

Era un hombre alto, fuerte, rubio, de treinta años.

Se paró en el número 102.

Profundizó por el vestíbulo de entrada hasta el ascensor automático que le dejó en la cuarta planta.

Era un *hall* amplio, lujoso, magníficamente alfombrado, del que partían dos pasillos laterales y otro al frente. En cada uno de ellos se asentaban suntuosas oficinas.

Kright tomó el de la derecha y no se detuvo hasta el fondo donde podía leerse en dorados caracteres:

Telegraph Films Catastrophe's Magazine

En aquella oficina tan siniestra, dedicada a comercializar películas de horror auténtico, tales como terremotos devastadores, ciclones tremendos, voraces incendios, guerras, genocidios, etcétera, fue donde el audaz Kright se metió de cabeza.

Entregó sus credenciales a una estupenda secretaria que sonreía como un ángel, movía las caderas como un diablo, y hablaba melosamente, de forma muy humana.

—Acompáñeme, míster Kright. Llegó usted con gran puntualidad.

—¿No le gusta la exactitud?

—Oh, sí. Me encantan los hombres puntuales —repuso con estudiado convencimiento—

pero no se trata de lo que yo piense, sino de lo que piense míster Robert Jaffe, director gerente de la oficina.

—Una pena, encanto.

—¿Verdad que sí?

Kright se sintió hechizado por la picardía, pero calló para no perderse

por la boca el interés diabólico que ofrecían las caderas de aquella secretaria *vamp*.

De esta forma, se encontró en el interior de un soberbio despacho con amplios ventanales sobre Baker Street.

—Míster Kright... —anunció la secretaria.

—Sea bien venido —dijo al punto un hombre de cabello gris, que salió de detrás de su mesa para tender la mano a Dan—. Soy Robert Jaffe.

—Encantado.

La secretaria se retiró discretamente de escena. Fue como un eclipse solar para la vista de Dan.

—Siéntese.

Lo hicieron sobre comodísimas butacas de líneas sicológicas en consonancia con todo lo que estaba viendo Kright.

Los dos hombres se analizaron disimuladamente aprovechando estos preliminares.

El director gerente de *Telegraph Films* era un tipo como de cincuenta años, muy elegante, con gestos resueltos de ejecutivo. Los ojos tenían un color sepia claro y la nariz

era acentuadamente aguileña.

Acercó la caja de cigarrillos a Dan y...

—Se preguntará por qué le he llamado con tanta urgencia, míster Kright.

—Bueno, sí —repuso éste, chispeando el encendedor.

Robert Jaffe se llevó la mano derecha a la barbilla, que apretó con los dedos pulgar e índice en actitud concentrada.

—Se trata de Bill Montgomery —manifestó—, un realizador fotográfico genial. Se encontraba en Africa, al oeste del lago Victoria, estudiando los escenarios adecuados para un reportaje cinematográfico sobre las Misiones cristianas en el continente negro. Pero Montgomery ha desaparecido en las proximidades de Kigali, la capital de Ruanda, en circunstancias muy extrañas.

—¿Desaparecido?

—En cierto modo. Pero todo esto, nos lo explicará mejor el agregado cultural de la embajada de aquel país, míster Mobú Lek, que ha tenido la gentileza de prometerme que estaría en mi oficina... —consultó el reloj—, dentro de diez minutos.

Dan Kright, investigador privado, safarista, explorador y aventurero, todo de una pieza, tenía su despacho en Stamford Street, y sólo trabajaba en casos difíciles y para personas o entidades millonarias.

Como quiera que las explicaciones sobre la desaparición de Montgomery quedaban así aplazadas hasta la llegada del diplomático ruandés, Kright consideró oportuno preguntar sobre las circunstancias personales del desaparecido.

—Hábleme de Bill Montgomery.

—Bueno, trabajaba para mí desde hacía dos años. En realidad, fue un descubrimiento

—repuso Jaffe—. Bill poseía un modestísimo taller fotográfico en Gracechurch Street donde malvivía haciendo reportajes sobre bodas, aniversarios, bautizos y entierros, que tenían lugar en un barrio, pues gozaba de cierta fama entre los vecinos. —Se envolvió en la nube aromática del cigarrillo, finalizando—: Era un diamante en bruto.

—¿Joven?

—No tanto. Había cumplido los cincuenta años.

Kright se mostró incisivo.

—¿Y no le resulta extraño que un diamante permanezca inédito durante cincuenta años?

Robert Jaffe sonrió.

—Es usted perspicaz —afirmó—, pero Montgomery era un hombre de carácter muy especial. Huyó siempre de la publicidad y por eso, seguramente, no se hacía valer como merecía. Se trataba de un tipo nervioso, introvertido... También permanecía soltero, y, según las chicas del estudio, congeniaba poco con ellas.

Kright sacudió el pitillo en el cenicero de cristal de la mesa que se interponía entre las dos butacas.

—¿Misógino...? ¿Homosexual?

—No, no —rechazó Jaffe con energía—. Si acaso lo primero. Tenía profundas ideas religiosas.

—Ya —dijo Kright evasivamente. Y a continuación—: ¿Cómo era de aspecto físico?

—Bajo de estatura, muy delgado, de labios finos y ojos que no podían permanecer

mucho tiempo fijos en el mismo punto. Tampoco solía mirar a la cara de sus interlocutores, y sólo lo hacía si se irritaba, lo que ocurría con frecuencia si le llevaban la contraria. No aceptaba el diálogo sino la discusión abierta, sobre todo, si hacía referencia a la fotografía, que era su auténtica pasión.

—Según sus palabras, me refleja un hombre de carácter incierto, inestable, casi neurótico —concretó Kright, agregando—: Incluso me figuro que rechazaría a las mujeres por introversión, para no tener que sostener una relación humana con ellas, ya que no admitía otro interlocutor válido que su propio yo. Estos individuos —dijo finalmente—

resultan una caja de sorpresas.

Por otra parte, Kright desconfiaba de las personas menos jóvenes con crisis de misticismo, puesto que podían disfrazar pasados oscuros y poco edificantes. Montgomery podía representar una de estos casos de arrepentimiento tardío.

Justo en aquel momento, la secretaria se presentó en el despacho para introducir a un nuevo personaje.

—Míster Mobú Lek —anunció la propietaria de las caderas eléctricas.

Se trataba de un individuo gigantesco y oscuro como el betún, donde el blanco de los ojos y de los dientes hacía daño a la vista. Llevaba un traje de color claro a rayas negras.

Todo él respiraba una fortaleza y vitalidad increíbles.

Después de las presentaciones y saludos preliminares, entraron en materia.

El agregado cultural de Ruanda hablaba un inglés rápido.

—Las últimas noticias sobre Bill Montgomery —reveló al ser preguntado— proceden de Sor Lucy Duncan, misionera del Sagrado Corazón, que permaneció entre la vida y la muerte durante varias semanas en un hospital de Kibungu. Según ella, míster Montgomery se retiró a un lugar desconocido para fundar una pequeña colonia de anacoretas a partir de un grupo de indígenas. Lucy Duncan cree, firmemente ahora, que Montgomery no estaba en sus cabales cuando decía esto. Se comportaba fuera de lo normal.

—Lo lamentable, espero —intercaló rápidamente Jaffe—, no es la locura de Bill. Hay que contar que llevaba tres meses en Africa y el acopio de material filmado era de gran valor. Había captado las últimas y sangrientas matanzas habidas entre las etnias predominantes al oeste del lago Victoria. Son documentos que no pueden perderse ni permitir que Bill los destruya llevado de un rapto de caridad evangélica.

Kright interrogó al diplomático:

—¿Dónde cree usted que puede encontrarse ahora este hombre?

—Tendríamos que preguntárselo a Sor Lucy Duncan —repuso Mobú Lek—, pero las líneas telefónicas con la Misión han sido cortadas y nos tememos lo peor.

—¿Algún ataque guerrillero?

—Sí, es probable.

—¿No se han comunicado ustedes con la capital?

—En efecto —convino Mobú Lek—, y las sospechas de los funcionarios gubernamentales apuntan en tal dirección. Se trata de un nuevo levantamiento de los tutsis.

Robert Jaffe se mostró preocupado.

Se encaró resueltamente con Dan Kright y...

—Tendría usted que partir hacia el lago Victoria —significó—, Me juego mucho en ello, míster Kright, y estoy dispuesto a pagarle lo que me pida.

Puestas así las cosas se entendieron con rapidez. No disimulaba el director gerente de *Telegraph Films* que pensaba más en el material fotográfico que podía perderse a causa de todo esto que en la propia

seguridad de Bill. Los hombres pueden siempre renovarse, pero las obras maestras no.

Por su parte, Mobú Lek también dio facilidades.

—Le pondré en contacto con el jefe de policía de Kigali para todo lo que pueda ayudarle en sus desplazamientos por el interior del país.

—Sí, me será muy útil.

Discutieron, brevemente, los demás detalles.

En el fondo, el asunto parecía claro. Se trataba de la historia de un operador fotográfico, sin duda genial, que se había vuelto loco en las proximidades del lago Victoria poniendo en peligro la existencia de varios tambores de valiosísimo material filmado. La misión de Kright se reducía pues, fundamentalmente, a rescatar esos tambores con independencia, incluso, de lo que pudiera sucederle al hombre que había realizado las tomas.

Así de sencillo.

Pero Kright, llevado de su instinto detectivesco, olfateaba que debajo de aquella aparente sencillez podía esconderse un misterio mucho más dramático y profundo que el que aparecía en la superficie.

A causa de esta corazonada, decidió, finalmente, hacerse cargo del «caso Montgomery» con todas sus consecuencias. Cosa esta última que mereció el aplauso de Robert Jaffe y la colaboración incondicional de míster Mobú Lek, diplomático de la República de Ruanda, acreditado en Londres.

CAPITULO II

En un avión de las líneas aéreas británicas, Kright llegó a Dar-es-Salaam, capital de Tanzania, en tránsito hacia Ruanda, treinta y ocho horas después de su entrevista con el director gerente de *Telegraph Films* y con el solícito agregado cultural de la embajada de Ruanda, míster Mobú Lek.

Sin embargo, y a consecuencia de las malas condiciones atmosféricas que se desencadenaron en la cuenca oceánica de Somalia, tardó otras tantas horas en llegar al aeropuerto de Kigali, primera etapa de su viaje.

Atrás quedó Larry Graham al frente de la oficina de Stamford Street.

Entre otras misiones, Larry tenía, por expreso encargo de Kright, que recabar toda la información posible sobre la vida y milagros del desaparecido Bill Montgomery antes de que éste se decidiera a trabajar para Robert Jaffe. A Kright le ocurría lo que al famoso comisario Maigret: le importaba la historia y la psicóloga del personaje que tenía que investigar por una u otra causa.

Aprovechó el despedirse de Larry para remarcarle:

—Te llamaré periódicamente para conocer el curso de tus averiguaciones. Desconfío de Montgomery y de todas las personas que sufren raptos de misticismo sin antecedentes razonables. Por lo regular se trata de seres anormales, distintos de los demás.

—Convengo en ello, Dan.

Entre el ensordecedor ruido de las toberas de los reactores, se abrazaron en Heathrow.

—Suerte.

—OK, Larry.

El jumbo rodó como una saeta por la pista de despegue transcontinental.

* * *

La primera urgencia de Kright apenas pisó tierra ruandesa fue encontrar un hotel confortable donde instalarse a gusto.

Después visitaría la embajada británica para conocer el estado real del país tras las últimas carnicerías ocurridas en las zonas pantanosas del Magesera. Por otra parte necesitaba un intérprete que supiera entenderse con las principales etnias y bantúes del territorio y que estuviera dispuesto a incorporarse a la expedición de rastreo y búsqueda de Bill Montgomery. Sería espléndidamente recompensado por Kright.

Cuando llegó a la embajada, todos los funcionarios, incluido el propio embajador, se encontraban de safari en la Reserva de Gabiro, y tuvo que ser recibido por miss Katheleen Moody, sobrina del jefe de la delegación diplomática, sir John Moody.

Una chica encantadora.

—Cuánto lo siento, míster Kright —habló ella con muestras de leve preocupación—.

Llega usted uno de los pocos días del año en que mi tío está ausente.

—No sufra por eso miss...

—Katheleen. —En seguida acortó distancias—: Llámeme Kat.

—Miss Kat —rectificó el aventurero—. La embajada ha ganado con tenerla al frente. Me llamo Dan.

Katheleen le tendió la mano, riendo.

—Encantada. Pase, Dan.

—Muy amable.

Le condujo a un despacho con muchos detalles isabelinos, mezclados con teléfonos, acondicionadores de aire y otros artefactos de avanzada tecnología, que el Reino Unido no regateaba en Ruanda-Burundi, a caballo entre la ex tutela belga y los viejos territorios africanos ingleses.

Kright expuso sus pretensiones a la muchacha, y...

—Yo conozco a una persona que domina bastante bien los dialectos autóctonos y se mueve con facilidad hasta las orillas tanzanas del lago Victoria —repuso Kat—. ¿Dice usted que va tras la pista de un compatriota extraviado?

—En efecto. Se trata de Bill Montgomery, un operador cinematográfico genial.

Ella dibujó un gesto de semisorpresa con sus rojos labios sensuales, mientras su mirada, inmensamente azul, se aclaraba todavía más.

—Recuerdo a ese hombre —repuso—. Un señor bajo, delgado, nervioso...

—No siga —interrumpió Dan—, Se trata de la misma persona. —Y con interés—: Dígame, ¿con qué objeto se dejó caer por la embajada?.

—Buscaba información sobre los asentamientos de la Misión católica en Kibungu —

contestó la muchacha—. Quería poner en imágenes la gran obra social

que realizan estos misioneros a sólo cuarenta millas de la capital. Pero, al poco tiempo de su visita, se desencadenaron matanzas y destrucciones que terminaron por ensangrentar el país.

Parece que míster Montgomery —resumió Kate con lógica— no era un hombre que derramase felicidad a su paso.

—Seguro que tenía un mal horóscopo —convino Dan—. Pero, hablemos del intérprete si lo prefiere, ¿dónde puedo encontrarle para tratar de llegar a un acuerdo con él?

Kate le miró. Luda una blusa de algodón malva, sumamente picuda por delante del pecho, y unos mini shorts que le desmesuraban las piernas desde el tobillo hasta el penacho del muslo. Vaya tira.

Cruzando estas mórbidas extremidades, confesó:

—Aquí mismo.

—Ah —se animó Kright—, ¿se trata de algún agregado de la embajada?

—Pues no —le confió ella, balanceando rítmicamente la pierna derecha—. La persona que le digo va por libre. Soy yo misma.

La sorpresa fue tan grande para Kright que no hubiera sido mayor si le tiran el Victoria sobre la cabeza. Toda su sangre fría, como explorador y aventurero, se le alteró.

—A veces noto ruidillos en las trompas, me refiero a las de Eustaquio... —murmuró—.

¿Puede repetirme la respuesta?

—Ya lo creo —afirmó con aquella seguridad tan suya que apabullaba a los demás—.

Siempre me he entendido bien con los indígenas, y conozco además los territorios misionales por haberlos recorrido con monseñor Capella, nuncio apostólico en esta parte de Africa.

Kright tuvo que rendirse a la maravillosa evidencia que le desvelaba Katheleen, pero...

—¿No se opondrá su honorable tío, sir John Moody?

—¿John? —se asombró—. Jamás lo hizo, ¿por qué se iba a oponer

ahora que he llegado, precisamente, a la mayoría de edad?

—Ah, claro —cloqueó el aventurero—, no tendría sentido... Entonces, ¿qué le parece si tratáramos este asunto con mayor profundidad?

—Con toda la profundidad que haga falta —replicó con velado divertimento—, para lo cual, venga mañana a la embajada y cenará con nosotros.

—¿También con sir John?

—Por supuesto. Le estoy invitando en nombre suyo y mío propios.

—*All right!*

Al despedirse de Katheleen, comprendió que las cosas se le ponían de buen aire sin tener que consultarlo con los astros.

El «caso Montgomery» le interesaba cada vez más.

* * *

La tarde inmediata anterior a la partida hacia Kibungu, Kright habló con los porteadores, cinco héroes negros de gran experiencia, que contrató de acuerdo con las recomendaciones de sir John Moody. También les anticipó el importe de la primera mensualidad, pues sabía que dejaban familia a sus espaldas.

Luego, alrededor de las seis de la tarde, telefoneó a Stamford Street tal y como había convenido con Larry, para conocer las últimas novedades de la oficina.

Mereció ¡a pena hacerlo. Corrían noticias frescas referidas a la vida de Bill Montgomery.

Según éstas, la existencia del fotógrafo había sido complicada años ha. En dos ocasiones fue a dar con sus huesos en la cárcel. La primera a los veinte años, al disparar contra un miembro conservador de los Comunes. Pero como quiera que sólo hirió al diputado, le salieron diez años de encierro, de los que únicamente cumplió cinco por buena conducta. Un lustro después, se veía envuelto en otro atentado, ahora contra Stanley Russ, de la Cámara de los Lores, que le gratificaron otros siete años de vida en la sombra. Al recobrar la libertad, desapareció de Londres; mas la Interpol, basándose en ciertos contactos que desarrolló Montgomery en la penitenciaría, pudo localizarle en Italia y tal vez tomando parte en determinados actos

criminales de las Brigadas Rojas. A continuación, se le perdió de vista durante los cuatro años siguientes, al cabo de los cuales surgió en el Ulster, combatiendo al lado del IRA.

Desconcertante.

Pero, a partir de ahí, su vida sufrió un cambio radical, según todas las apariencias.

Montgomery se tornó pacífico y casi temeroso de Dios. Para subsistir se dedicó entonces a la fotografía ambulante, y tras largo callejeo por los andenes del Támesis, consiguió, finalmente; establecerse en un pequeño taller estudio en Gracechurch Street hasta que fue descubierto por Robert Jaffe y promovido a la más alta dirección de la imagen en *Telegraph Films*.

Una historia agresiva y violenta más propia de un ser marginal que de una persona

sensata, con independencia de su genialidad como cámara.

El interés de Kright por conocer la opinión que Sor Lucy Duncan había formado de Montgomery cuando celebró sus conversaciones en la Misión, crecía por momentos.

CAPITULO III

La expedición, encabezada por Kright, se puso en marcha a bordo de tres jeeps arrendados a la compañía turística Africa Tours.

En las proximidades de Kibungu tuvieron que abandonar la carretera secundaria y abordar el difícil camino que conducía a la Misión. Pero pronto quedó cortada por el tronco de un baobab tumbado a golpes de hacha. Como se encontraba en un cambio de rasante, Kright tuvo que realizar una violenta maniobra para no estrellarse contra el abatido bombáceo.

—¡Maldito sean sus muertos! —juró, viendo cómo la chica, que viajaba a su lado, salía despedida hacia el parabrisas, que evitó gracias al cinturón de seguridad—. ¿Se ha hecho daño, Kat?

—No, por milímetros —repuso la sobrina del embajador con justificable enfado—. ¿A quién se le ocurre talar un árbol para volcarlo sobre la pista?

—Sería el diablo —gruñó Dan.

Los jeeps que marchaban detrás frenaron sin contratiempo porque mantenían su prudencial distancia con el primer vehículo.

El árbol, de los pocos que arraigaban en un lugar donde el marjal lacustre alternaba con el terreno seco, tenía un no sé qué de amenazante y advertidor que llamó, inmediatamente, la atención de Kright.

Fue providencial.

Restalló una detonación en las proximidades, y el proyectil fue a incrustarse en el techo del jeep, a escasas pulgadas de la cabeza de Kright.

—¡Al suelo! —gritó éste, empujando a Kat.

También los cinco héroes de color demostraron que eran hombres avezados al riesgo, además de excelentes cazadores. Rápidamente, ocuparon posiciones para repeler la agresión.

Temían enfrentarse con una partida tribal facciosa o con grupúsculos xenófobos que últimamente mostraban su actividad contra las personas o las propiedades y factorías del hombre blanco.

El tiroteo se generalizó casi en el acto.

Kright calculaba el número de sus enemigos, que oscilaría entre siete y diez. Una partida poco importante, que disparaba con máuseres viejos.

El inglés tomó una decisión.

—No se mueva de aquí, Kat —susurró, mientras que él hacía intención de largarse.

—¿Adónde va, Dan? —inquirió nerviosa.

—No levante la voz. Me acercaré al granuja que tenemos más cerca para sorprenderlo por la espalda. ¡Por los clavos de...! No se va a alegrar.

En efecto, Kright se lanzó adelante reptando por el desnivel. Afortunadamente le cubrían ágaves de hojas carnosas y grandes flores amarillas colgadas de un tallo de hasta seis metros de altura.

Avanzó poco a poco, pero sin dificultad.

Mientras tanto, la batalla se mantenía fundamentalmente con el grueso de los portadores, cuya magnífica puntería había producido ya dos bajas en las filas de los atacantes. Así quedó demostrado con los gritos de dolor y de rabia que se escaparon del campo facineroso, acompañados de un hecho incontrolable: dos máuseres habían dejado de ladrar.

Kright alcanzó un punto desde el cual podía balear sin misericordia a su enemigo, pero el inglés llevaba otras intenciones en la cabeza. Por encima de todo, quería saber si el ataque era ocasional o bien premeditado. Kright se dejaba llevar siempre de sus intuiciones, cuyos resultados sometía después a las exigencias de la lógica anglosajona.

Nunca al revés.

Y las células grises le decían cosas dentro del cerebro. Cosas importantes.

Continuó avanzando con la vista fija en la espalda de su adversario. Observó que era un hombre de corta estatura, probablemente un batwas de estirpe pigmea, los cuales, según su información e intereses minoritarios, tomaban partido en favor de cualquiera de las etnias predominantes o se convertían en salteadores de caminos. Tales desmanes han sido frecuentes en los países africanos al alcanzar su

independencia por fallos estructurales a cargo de la potencia colonizadora. Lo peor que hay debajo de una sociedad aflora siempre en los momentos de crisis.

Kright se colocó a tal distancia del negro que podía saltar sobre él mediante una hábil flexión de músculos.

Saltó.

El sorprendido hombrecillo apenas consiguió incorporarse para ofrecer alguna resistencia. Este movimiento le resultó fatal. Una bala disparada por los infalibles portadores le alcanzó en mitad del pecho, a escasos centímetros del corazón. Se desplomó, paradójicamente, en los propios brazos del aventurero.

—*Pas de chan...ce!* —barbotó.

El indígena hablaba francés, ya que había sido educado en una Misión belga. Esto alentó a Kright para hablarle...

Vio que era un hombre todavía joven, pero llevando a su espalda la prematura vejez de los trópicos negros. La sangre se derramaba en abundancia sobre su piel oscura... Sin saber por qué, sintió pena de aquel desgraciado, que se moría.

Le recostó en el suelo, mirándole. Los ojos del negro —ya inútiles briznas de la creación— se estaban apagando por momentos...

—Dime, amigo, ¿por qué nos atacaste?

No había odio en los ojos del negro. Ningún negro odia como debiera. El odio llegó hasta Africa con el corazón del hombre blanco.

—Fue cosa de él...

—¿El...? ¿Quién es él?

—Fathulla Hulule...

—Pero ¿por qué? ¿Qué le hemos hecho a Fathulla Hulule?

La voz del ba-twas se ahilaba por momentos; en general, desfallecía y estaba a punto de entrar en trance.

—Tú no llegar a...

—¿Adónde?

—El muer...to.

Los labios del pigmeo temblaron y un bronco estertor enronqueció su garganta.

Finalmente, abandonó la cabeza sobre el brazo de Kright y gastó la última energía en cerrar los ojos...

—¡Qué poca cosa somos! —gruñó el aventurero.

Sin embargo, al volver la vista sobre el campo de batalla, vio que las cosas habían cambiado en cuestión de segundos.

Las huestes de aquel desconocido Fathulla Hulule se retiraron como por ensalmo sobre un terreno que debían conocer muy bien. El disperso, y cada vez más lejano tiroteo, lo hizo comprender así a todos los miembros de la expedición, que, llamándose a voces, se reunieron finalmente en torno al primer jeep.

Grande fue la alegría que experimentó Katheleen al ver que todos los hombres estaban sanos y salvos.

—¡Menos mal! —exclamó.

A continuación, recorrieron el terreno próximo por si descubrían algún que otro cadáver. Vieron rastras de sangre, eso sí, que demostraba la existencia de heridos, pero solamente el ba-twas había dejado de existir.

Lo enterraron para evitar que se pudriera al sol o fuera a parar al estómago de repugnantes carroñeros. Es probable que su madre no lo echara al mundo para eso...

* * *

Llegaron al primer establecimiento misional con la caída del sol.

Fueron recibidos por la madre Françoise de la Croix, una simpática viejecita que llevaba treinta y cinco años en Africa al servicio de su comunidad desde que partió de Amberes una luminosa y perfumada tarde de verano.

Con la reverenda madre trabajaban seis monjas de distintas edades y procedencias, y hasta ocho nativos de blanda sonrisa y boca de nieve, que hacían los trabajos duros de la limpieza y de la granja. Esta última quería ser autosuficiente en recursos primarios, y cultivaba la

mandioca, de cuya harina se preparaba una sopa muy nutritiva, el maíz y el platanar. Tampoco faltaban ejemplares domésticos del reino animal, en forma de gallináceas, cabras y cerdos.

Hay que decir que la mosca *tsé-tsé*, tan destructora en otras tierras tanzanas al este del Victoria, aún no se manifestaba en aquella zona. Ojalá por muchísimos años.

Fueron aceptados por las monjitas con cordialidad y alegría, que esperaban con afán noticias frescas de Europa.

No obstante, cenaron de acuerdo con el régimen interno del establecimiento, que prescribía ciertos trabajos y rezos antes de acostarse, ya que las horas estaban reglamentadas allí y nadie deseaba quebrar sus normas.

Kright tuvo oportunidad de hablar con Sor Lucy Duncan, cuya demacración y lasitud general del cuerpo, demostraban a las claras cuán graves habían sido las heridas que recibió a causa del ataque de las bandas armadas, que destruyeron el lugar. El resto de la comunidad pudo huir a tiempo. La Misión había sido reconstruida poco después, y, por

todas partes, se adivinaba la obra nueva.

La hermana Lucy Duncan no tendría más allá de treinta años, alta, rubia, muy delgada.

Podía decirse que no era guapa, pero sí que tenía un rostro muy expresivo.

—¡Válgame Dios! —exclamó cuando la informaron del ataque sufrido a veinte millas de la colonia—, ¡Siempre este hombre... ¡Siempre Fathulla Hulule!

Kright, que encendía un cigarrillo, colgó la llama del Dupont en el aire.

—¿Conoce a ese individuo, hermana?

—Sí —repuso, entornando los ojos gravemente—, sus hombres arrasaron nuestra Misión y me balearon hasta dejarme por muerta. Sólo que la Providencia fue más piadosa conmigo.

—¿Quién es él en realidad?

—No lo sé —confesó—, únicamente me aterra su nombre, y creo —agregó concentrándose— que también aterra a cuantos ruandeses tuvieron la desgracia de interponerse en su camino.

Katheleen dejó de remover la taza de té. Tenía algo que decir ahora.

—A Fathulla Hulule sé le conoce desde los años setenta como un fanático terrorista islámico. Luchó contra Israel y contra las minorías cristianas de Sudáfrica y Rhodesia —

explicó—. Parece que últimamente se ha desplazado a los países centrales para tomar partido a favor de los hutus, pero con alguna segunda y oscura finalidad que poco tendría que ver con las luchas triviales hegemónicas. Al menos, este es el parecer de John.

Se refería a su tío, el embajador.

La hermana Lucy Duncan también abundó en el mismo tema.

—Cierto —asintió—, lo mismo nos dijeron las autoridades policiales de Kigali. Este hombre es una maldición del Dios.

Kright cerró el Dupont y se envolvió en la nube aromática del cigarrillo.

—Volvamos la mirada a Bill Montgomery, hermana —invitó—, ya que no creo que guarda ninguna relación con Fathulla Hulule.

—¡Dios no lo quiera! —se escandalizó la religiosa—. Míster Montgomery fue en todo momento una persona muy amable con la comunidad y particularmente devoto de la Virgen. En sus ratos libres nos ayudaba al arreglo de la capilla.

—¿Por qué dio noticias de Montgomery a la embajada del Ruanda en Londres y no a la empresa donde él trabajaba?

—Porque las señas de la empresa desaparecieron con el diario de la Misión al ser quemada la casa. Pensé entonces que la única forma de comunicarme con la familia de este señor, sería a través de la embajada.

—Montgomery carece de familia —puntualizó Kright—, cosa que usted ignoraba... Pero

—el investigador miraba fijamente a la monja—, ¿por qué se ha tomado tanto interés por Bill?

Sonrió débilmente.

—Era un hombre bueno —dijo—, al que sin duda le debo la vida.

—Ah, ¿sí?

—Ocurrió en una ocasión en que regresaba de un poblado vecino, cuando fui atacada por un grupo de sukamas del otro lado de la frontera. Como quiera que míster Montgomery se encontraba cerca del lugar, filmando escenas de caza, intervino

inmediatamente y de forma tan valerosa que puso en fuga a la partida. Aunque sólo fuera por este acto —concluyó—, la caridad me obligaría a mirar por este hermano.

El bravo comportamiento de Montgomery no extrañó a Kright, que conocía su turbulento pasado. La violencia formaba parte de la vida de aquel fotógrafo de ademanes nerviosos y aspecto insignificante.

—¿Le habló alguna vez del material que había filmado?

—Por supuesto —murmuró—, pero estaba arrepentido.

—¿Por qué?

—Porque captaba innúmeras matanzas de tutsis inocentes, es decir, el asesinato de hijos de Dios por otros hijos de Dios —la religiosa cerró los ojos unos instantes, susurrando—: La eterna historia de Caín y Abel.

Kright descargó la ceniza del cigarrillo, y...

—¿Qué pasó después?

—La actitud de Montgomery se radicalizó desde el punto de vista religioso conforme pasaban los días —aclaró la monje—, Bill empezó a zaherirse, a increparse a sí mismo de morboso y de defender intereses diabólicos... No sé si se refería a la empresa londinense para la cual trabajaba. En una palabra, sintió graves remordimientos. —Sor Duncan hablaba con lentitud, evitando enredarse en juicios que perjudicaran a la persona ausente, pero con esto sólo conseguía perder su naturalidad y tartamudear—. Las monjas intentamos hacerle ver que no era el culpable de las matanzas tribales, e, incluso, que un filme tan escalofriante podría servir de lección a los demás mortales, porque el horror no puede ser ignorado hasta el punto de hacernos sospechar que no existe en modo alguno.

Sería el fin de la humanidad.

Kat, muy atenta a la conversación, intervino:

—¿Cree entonces que Montgomery pudo sufrir una especie de locura mística, a consecuencia de este complejo de culpabilidad?

—Tampoco podría afirmarlo —manifestó vacilante— ni si se apoyaba en otras realidades que sólo él conocía, al margen de sus escrúpulos de conciencia. Lo cierto es —

agregó tras una corta pausa—, que desapareció de la Misión de forma súbita y sin despedirse siquiera de nosotras. Seis horas después de su partida nuestro establecimiento era arrasado por la turba en armas.

Kright achicó los ojos.

—¿Tan sólo seis horas? Curioso, ¿no?

La religiosa parpadeó como tratando de no profundizar en el significado tal vez oculto de la pregunta.

—Sí —confesó—, nuestro fugitivo tenía que hallarse muy cerca de la Misión cuando ocurrió aquella desgracia.

Kright guardó silencio unos segundos. Luego:

—¿Se largó Bill en solitario?

—No, no... Le acompañaban ocho nativos muy jóvenes que catequizaba en la única tienda de campaña que tenían para pasar la noche. Me parecieron muchachos muy can-dorosos.

—¿Qué ruta piensa usted que tomaron al huir?

—Me figuro que la del nordeste.

—¿Hacia el lago Victoria?

—Sí, eso pienso. Y aún le diré más. Sus acompañantes eran chaggas de las comarcas del Kilimanjaro. Les reconocí en seguida porque estuve seis años de misionera en la prefectura de Moshi. Es probable que míster Montgomery pensara establecerse en Tanzania.

—Interesante —murmuró Kright—. Dígame, hermana, ¿hay otras misiones al nordeste, flanqueando la ruta que él pudiera seguir?

—Más bien pequeños poblados indígenas. Pero estoy convencida que tuvo que parar en alguno de ellos, ya que llevaba pocas provisiones al abandonar la Misión. Calcule que en dos Land Rover viajaban nueve hombres —precisó la monja—, además de todo el material fotográfico y las cámaras de filmación, así como numerosas latas de gasoil.

Apenas les quedaba espacio para la reserva de alimentos que tendrían que comprar por el camino o surtirse en los cazaderos.

—Comprendo.

El sol se había escondido en las mesetas centrales del país, y el aliento de las sabanas empezaba a percibirse con la voz de millares de gargantas de animales nocturnos que encontraban la vida o la muerte bajo la centelleante mirada de las estrellas...

Kright y la sobrina del embajador se retiraron a descansar en dos celdas separadas, que la madre Françoise de la Croix tuvo la gentileza de prepararles, mientras los porteadores negros levantaban sus tonas de gutapercha delante de la enfermería.

Kat se desvistió sin prisas. Por unos instantes, cuando la luna penetró por el ventanal de la celda, la atrapó completamente desnuda.

Ella encendió un cigarrillo, y se puso el pijama.

CAPITULO IV

Tras despedirse de la comunidad religiosa, emprendieron el camino del lago Victoria de acuerdo con la sugerencia de la hermana Duncan, a la que prometieron comunicarle el fin de la aventura y el destino que sufriera el malogrado Montgomery.

Como el terreno presentaba dificultades, Kright conducía despacio dialogando animadamente con Kat. Ambos viajaban en el jeep de vanguardia y se tuteaban ya.

Kright tenía la palabra.

—Sigue preocupándome —dijo— el ataque que sufrimos cuando estábamos cerca de la Misión. Según el fallecido ba-twas, el golpe fue premeditado para impedir que nos

«reuniéramos con el muerto»... Me pregunto: ¿qué diablos quería significar con esto, y por qué hablaba de muertos cuando los únicos que corrimos el riesgo de morir fuimos nosotros, miserablemente

acribillados por un hatajo de criminales?

—Tienes razón —asintió ella—. Nos salvamos por suerte.

Kright seguía dando vueltas a su pensamiento.

—Pero ¿por qué Fathulla se echó encima de nosotros? —agregó a continuación—,

¿quién movió a este bandido? Hummm.. —gruñó—. Sólo Robert Jaffe y Mobú Lek cono-dan mi «trabajo» en Africa, consistente en encontrar la pista del escurridizo Montgomery.

Bueno —rectificó—, también lo sabía sir John Moody y...

—Y ¿qué? —protestó la chica—. ¿Adónde quieres llegar? —A que uno de estos tres personajes tuvo que calentarle la oreja a Fathulla Hulule para que el bergante decidiera abrirnos una fosa bajo el sol del trópico.

—Muy inteligente —se burló ella—, pero descarta a mi tío.

—¿Por qué?

—Porque nunca ha querido asesinarme, Sherlock Holmes. Cosa que, por otro lado ine parece muy razonable —matizó —Y lo es —convino Kright—. Así que sólo quedan en pie Robert Jaffe y Mobú Lek como presuntos inductores de asalto.

—¿Tú crees?

—Te diré —roncó el detective—, el abominable Fathulla no tenía el gusto de conocerme personalmente. Ni siquiera habíamos sido presentados.

—Vaya —admitió Kat—, una falta de educación.

Dan, que encendió un cigarrillo, pasó el paquete de Dunhill a su compañera. El vehículo rodó más despacio.

—Analicemos este pastel —continuó el detective, que no abandonaba el tono festivo que usó desde el principio de la conversación—. Me resulta difícil admitir que Jaffe pensara quitarme de en medio cuando me contrató para que rescatara las desaparecidas filmaciones de Bill Montgomery. ¿Tiene esto algún sentido?

—Ninguno. Dan.

—Entonces, ¿debo sospechar que está loco Robert Jaffe

—Nunca hablé con él.

—Ya..., pero ¿te parece normal, encanto?

—No, no me parece normal, gran hombre —repuso— sino completamente fuera de lugar.

—Pasemos, pues, a Mobú Lek —recicló Kright—, ¿quién es este personaje recién salido al campo de la diplomacia internacional? Pienso que tu tío, sir John Moody, lo podría aclarar mejor que nadie, si alguna persona le interesara en este asunto.

—¿Yo, por ejemplo?

—Digamos.

—Está bien. Le llamaré desde Biharamulo.

—Es lo más sensato que he oído en mi vida. De todas formas —indicó—, no espero resultados espectaculares. Sospecho que detrás de estas filmaciones se esconden intereses muy diversos.

—Tal vez.

—Volvamos la mirada a Montgomery —prosiguió Kright, retomando el hilo de sus fabulaciones—: ¿qué opinión te merecen sus locuras o crisis místicas? ¿No se te antojan un tanto exageradas y como deseosas de llamar la atención y de que todo el mundo supiera que estaba con un pie en el manicomio?

—Bueno, sí. —Kat echó una bocanada de humo al aire y arrugó el entrecejo—. Dime, Dan, ¿por qué encontraste curioso que la Misión fuera atacada pocas horas después de que el fotógrafo abandonara el establecimiento?

—Porque me lo sigue pareciendo ahora — repuso.

—¿Adónde quieres llegar con tus palabras?

Kright se decidió a hablar.

—Hay cosas que tú ignoras sobre la vida de Bill —manifestó—. Escucha...

En pocas palabras, le contó lo mismo que Larry Graham le había

contado a él desde la oficina de Stamford Street. Una historia que, por supuesto, dejó perpleja a la muchacha que no podía imaginarse a Montgomery como una especie de tupamaro internacional.

Tampoco la prestancia física del fotógrafo invitaba a convertirlo en protagonista de grandes hechos revolucionarios.

Las cosas tomaban ahora un sesgo nuevo para Kat, que preguntó sin ambages:

—¿Insistes en relacionar a Montgomery con Fathulla Hulule, como si actuaran los dos de común acuerdo?

—Bueno, también lo relacionaron con organizaciones terroristas antes de trabajar para *Telegraph Films*, porque era un hombre acostumbrado a la violencia y...

—¿Qué?

—En Africa podía filmar escenas escalofrantes de furor negro. Otra cosa es saber si estas escenas estaban preparada de antemano con el desalmado Fathulla Hulule.

—No puedo creerlo —descaró Kat, horrorizada—, resulta excesivamente monstruoso.

—La verdad es monstruosa en ocasiones —replicó gravemente Kright.

Kat buscaba otras salidas a la situación.

—¿No será todo un juego de casualidades, Dan? ¿No podría ocurrir también que Bill deseara romper el contacto que le ligaba con la productora y que por eso se fingiera loco? ¿No es más simple esta hipótesis que hacerle reo de un genocidio premeditado para servir a los intereses de organizaciones criminales?

Kright permaneció unos instantes pensativo.

—Aun siendo de este modo —concedió al fin—, Bill tendría su propia salida a la situación. Es probable, pues, que viviera alertado y dispuesto a malograr la ingerencia de

cualquier persona en sus asuntos. De aquí a balearnos, como lo hicieron los hombres de Fathulla Hulule, sólo media un paso, porque a Montgomery no le asustaba lo más mínimo disparar contra sus semejantes. En cuanto a Fathulla, ya sabemos la clase de verdugo que

es.

—Un hombre maldito.

—Cierto, pero ¿quién advirtió a Montgomery de que un detective inglés corría tras su pista para cazarle? ¿Quién le dijo que este detective era un tal Dan Kright, con oficina abierta en Stamford Street, y una de las cabezas más privilegiadas del Reino Unido?

Ella le miró de soslayo.

—Mayormente se daría cuenta por lo último —ironizó ella.

Kright resbaló sobre el comentario y...

—¡Ya lo tengo! —graznó, pegándose una fuerte palmada en la frente —, ¡Maldita sea! ¡Se me había olvidado!

—¿Qué cosa?

—¡Mobú Lek! ¡He aquí la clave! —insistió en el mismo tono, agregando—: Míster Lek se brindó a telefonear al jefe de policía de Kigali para que me ayudase en las operaciones de búsqueda por el país, y la noticia he podido propagarse.

—Seguro —confirmó Kat, que conocía el comportamiento de la flamante policía indígena—. Son unos bocazas.

—Por eso llevan el pecho cubierto de medallas —abundó el detective, contrariado.

De todas formas, a la sobrina del embajador continuaba haciéndosele cuesta arriba que un inglés conspirara con un verdugo africano para documentar una película con hechos alucinantes. A no ser que el fotógrafo estuviera realmente loco.

—Posibilidad límite que tampoco podemos desechar —admitió Kright, aunque con poco convencimiento.

Rodando por terrenos herbáceos llegaron cerca de un poblado entre plantaciones de tabaco, mandioca y de sorgo, por donde picoteaban las gallinas. Las chozas de adobe se abrían en semicírculo. En una de estas puertas una muchacha exuberante se divertía con un negro...

Era una estampa tan encantadoramente erótica que, observada por Kright, comentó:

—Restos de Paraíso Terrenal.

A continuación, puso en alerta a la aldea con fuertes claxonazos. Las gentes salieron de sus chozas amedrentadas, ya que la vida de un tutsi en aquella época valía menos que un cacahuete.

También se sobresaltó la pareja que se divertía en la puerta. El hombre, que iba completamente desnudo, al incorporarse dejó ver cuán grande era su entusiasmo por la negrita que tenía al lado...

Los des jeep saltaron al terreno en actitud amistosa.

Avanzó a su encuentro un viejo especialmente tatuado como los personajes notables del pueblo.

Kright le hizo frente.

—*Parlez-vous francaise, mon ami?*

—*Oui, Oui...*

— *Ça va bien!*

Buscaron la sombra de un cocotal, que se levantaba al otro extremo de las casas, y pronto se arracimaron en torno a ellos hasta veinte indígenas de distintas edades y sexo, que sentían una temerosa curiosidad por saber los proyectos y andanzas de aquellos intrusos.

Kright puso en conocimiento del viejo la persona que perseguía. El tutsi le escuchaba con atención y gravedad. Era un hombre alto (1), de pelo blanco y mirada inteligente.

(1) Los tutsis o batutsis se caracterizan por ser uno de los grupos humanos de mayor talla del planeta.

Al final de la perorata...

—Yo recordar bien hombre buscado. Todos nosotros recordar fotógrafo —repuso el anciano—. Llegar aquí en Land Rover, acompañado de jóvenes porteadores del otro lado de la frontera, Ser hombre bueno, generoso... Incluso hacer fotos a la «hija de mi hija»

que matrimoniar con Taki-Sidi. Yo llamar a Taki-Sidi y esposa.

Gritó fuerte, en dirección a las cabañas y, ¡dioses del erotismo!, la pareja que se diera el lote minutos antes, se destacó hacia el cocotal. Afortunadamente, Taki-Sidi llevaba ahora los calzones puestos. No así

la «hija de la hija» que andaba con los pechos al aire, húmedos aún de besos. En Africa esto resulta siempre natural. Es como un culto a la abundancia en una tierra tan escasa.

Kright decidió ganarse la voluntad de todos haciendo un presente a los desposados.

Para ello, entregó diez dólares a Taki-Sidi, mientras que la «hija de la hija» la atraía hacia sí para besarla en la frente y comprobar de paso la dureza mayestática de aquel pecho juvenil que se aplastó contra el suyo...

Mucho celebraron los negros las muestras de amistad del hombre blanco, y la propia interesada notó electricidad en los pezones por aquel poder que siempre tienen las puntas aunque sean de naturaleza carnosa. Se pasó la lengua por los labios.

Decidieron entonces organizar un almuerzo comunal a base del insustituible *chikwangue* (1) y un cervato que el jefe de los porteadores había cobrado por el camino sin siquiera bajarse del jeep, gracias a que era un tirador excepcional.

(1) Tapioca. Harina extraída de la mandioca, o sea, un arbusto euforbiáceo común en Africa y América.

Como por otra parte llevaban ron en abundancia todos podrían alegrarse, incluidos los tutsis más apagados de la aldea, que, a tenor de las circunstancias, eran varios de ellos.

CAPITULO V

Después de la comida, muy animada por cierto, Kright interrogó al viejo:

—¿Cuánto tiempo permaneció el fotógrafo en vuestra aldea?

—Tres días y tres noches —repuso sin vacilar. Y para confirmarlo testificalmente—: ¿No es verdad, Zuleia?

—Oh, sí —repuso la «hija de la hija» con las mejillas arrebatadas por los diablejos del ron—. Yo cuidar de él... Cuidar mucho y bien.

Kright ojeó por enésima vez a la nieta del anciano. ¿Cómo no iba a cuidar bien a Montgomery aquella exuberante criatura? Pensó que en cualquier hospital de Londres hubiera obrado milagros.

Regresó al tema que le preocupaba.

—Al partir el fotógrafo, ¿se llevó muchas provisiones del pueblo?

—Bueno, sí. Cargar harina y tabaco. Taki-Sidi vender también cocos y bananas. Llenar botellas en manantial. Salir todos alegres y satisfechos...

—¿Hacia dónde?

—Hacia quebradas — el anciano cambió la expresión del rostro con muestras inequívocas de temor—, pero allí pasar cosas terribles, desaparecer muchos hermanos... —Juntó hasta tres veces los dedos de ambas manos—. Fathulla Hulule asesinar.

Apenas pronunciado el nombre del criminal negro, la sobrina del embajador y Kright se buscaron con la mirada. —Cuéntame lo ocurrido.

—Fathulla Hulule pasar por nuestra aldea apenas abandonarla fotógrafo. Llevarse tabaco, gallinas, todo... sin pagar. Pero no matar gente ni incendiar casas. Tener prisa, mucha

prisa...

Zuleia mostró aquí su enojo.

—A mí sí tocar y perseguir —dijo—. Ser bruto y fuerte, un gigante, pero yo escapar, esconderme ..

Dedujo Kright que el bandido quiso abusar de la negrita. Si Taki-Sidi no andaba con los ojos muy abiertos, lo iba a pasar mal al lado de aquella muchacha.

Encendió un cigarrillo.

—¿Debo pensar que Fathulla Hulule se dirigió a las quebradas siguiendo los pasos del fotógrafo?

—No saber eso.

Kright necesitaba concreciones.

—¿Qué tribu vive ahora en las quebradas?

—Vivía —corrigió el anciano—. Hoy ser aldea de muertos. Antes residir pastores tutsis.

Fathulla Hulule matar, exterminar todos... Sólo salvar N'Mongo, pero volver loco.

—¿Sigue en vida N'Mongo?

—Sí, vive.

—¿En las mismas quebradas?

Asintió con la cabeza.

—A solas con sus rebaños y recuerdos —murmuró.

Kat fumaba en silencio y observaba los esbeltos muslos de Zuleia, que se sentaba frente a ella con picante desembarazo.

—¿Estaba el fotógrafo en las quebradas cuando apareció el salvaje Fathulla con ansias de destruir el poblado? —Tampoco saber.

Ahora tomó Kat la palabra, demandando:

—¿Ni sospecharlo siquiera?

El anciano se removió inquieto. Le disgustaba hablar del pasado, sin duda por temor a que sus palabras llegasen a oídos de Fathulla y se decidiera a atacar el poblado en una de sus innúmeras correrías por el sur del Magesera.

—N'Mongo no querer hablar de esto, *demoiselle* —repuso—. O no

poder porque estar loco, mudo... Pero yo pensar que si Fathulla encontrar hombre blanco en quebradas, asesinar y robar lo mismo que a nuestros hermanos negros. No respetar color de piel.

Mentalmente, Kright discrepaba de la opinión del anciano. Se le antojaba demasiado coincidente que Fathulla pasara siempre pisando los talones de Bill y arrasando los poblados y Misiones evangélicas que el otro abandonaba pocas horas antes. Más bien parecían movimientos perfectamente sincronizados, según un plan de actuación común.

El grave rostro de Kat demostraba también hallarse en la línea de lo que pensaba el detective.

Pero como el viejo notable de la aldea había dicho cuanto sabía sobre el asunto, que era bien poco, Kright decidió reemprender la marcha tras el escurridizo Bill y las huellas sangrientas de devastación y muerte que dejaba a sus espaldas. Calculaba también que Montgomery tenía que llegar al término de su viaje algún día, encontrando una zona donde establecerse definitivamente, aunque se situara en el vecino país de Tanzania como en su momento insinuara la hermana Lucy Duncan. Para el caso daba lo mismo. Lo importante era localizarle.

El detective bebió un trago de aguardiente, y...

—¿Qué camino conduce directamente a la aldea de las quebradas? —interrogó.

Zuleia saltó ahora como un gato:

—¡Yo acompañar *effendis*!

El ron escandilaba caprichos en su cabeza.

Kright la miró captándola como era: muy joven, turgente, voluptuosa, casi desnuda...

También el anciano analizó la oferta que acababa de hacer la «hija de la hija», y nadie sabría decir si le aguyó la fiesta, al agregar:

—Junto con Taki-Sidi, tu esposo.

Aclarado lo cual, los expedicionarios se pusieron en movimiento, despidiéndose de los indígenas, que eran buenos como un pedazo de pan. Kright hizo al partir un donativo de cincuenta dólares, que suponía un buen puñado de francos ruandeses para las humildes

gentes de la aldea.

* * *

Mientras que Taki-Sidi viajaba con los porteadores, la encantadora Zuleia lo hacía en el jeep de vanguardia, sentada entre Kright y la rubia Kat.

Pero como las pasadas lluvias habían puesto los terrenos difícilmente practicables, los vehículos se enterraban en el barrizal. Lógicamente costaba un enorme esfuerzo desatascarlos, hasta el extremo de sorprenderles el crepúsculo cuando se encontraban todavía a tres o cuatro millas de su destino.

Viendo la noche próxima, el detective determinó vivaquear en un pedregoso otero. Allí podían levantar las tiendas fácilmente para no desmontarlas hasta la salida del sol.

Mandó hacer alto.

—Será mejor así —dijo.

Los porteadores, con el eficiente concurso de Taki-Sidi, que era un joven tan apasionado como buen trabajador, se encargaron de estos trabajos, mientras Zuleia se adscribía gustosamente al servicio personal de Katheleen Moody, a la que dijo con encantadora espontaneidad:

—Yo desear servir *effendis* mucho tiempo, largo tiempo... Sentir a mí chica útil.

La sobrina del embajador sonrió. Barruntaba los deseos de Zuleia que no eran otros que sentirse cerca de Dan, que la había fascinado de forma cándida y soñadora. Pensó, jo-cosamente, que Kright poseía un *sex appeal* apto para las mujeres de varios continentes.

—Tú te debes a tu hogar, bonita —le dijo—, o también al «padre de tu madre» que se quedaría muy solo y viejo en la aldea. Taki-Sidi te dará hijos que cuidar. ¿Verdad que te ama?

—Sí, sí, me lo demuestra bien.

—¿Lo ves, tesoro? Anda, anda... que me ayudarás a hinchar los colchones de aire.

Después cenaban. Una cena frugal.

El cielo fue encapotándose por momentos, y la oscuridad se volvió impenetrable.

El termómetro bajaba también muchos grados por la noche.

Antes de acostarse, el jefe de los porteadores interrogó:

—¿Encendemos algunas hogueras, *master*?

—¿Lo crees necesario?

El aludido se encogió de hombros.

—No parece territorio peligroso —apuntó.

—Si exceptuamos a los animales de dos patas —ironizó el detective—, ya que uno no está entonces seguro ni durmiendo en el Central Park de Nueva York. ¿Has distribuido los turnos de vigilancia?

—Yes.

—Ojalá que el llanto de las hienas no nos turbe demasiado el sueño.

—Van en busca de los animales ahogados —repuso Changrah.

—Asqueroso banquete, ¡puaf!

A continuación, tomaron el camino de las tiendas. Kright, que ocupaba una para sí solo, distinguió la agazapada figura de Zuleia en la puerta.

—¿Qué haces aquí, muchacha?

—Tener que hablar con *effendi*.

—¿Ahora?

—Taki-Sidi temer ser atacados.

Esto último interesó al detective.

—¿Dónde está él?

—Tregar arriba otero porque algún *yuhipeeeé* de las hienas no ser como parece.

—¿Me das a entender que es el fruto de una garganta humana? —inquirió tenso.

—Taki-Sidi pensarlo bien.

—Ven conmigo —invitó él, asiéndola con fuerza por el brazo.

La llevó a la tienda de Kat. Esta no se había acostado aún, porque el griterío de los animales la ponía nerviosa. Ni que estuvieran encelados y buscaran pareja, ¡pardiez!

A la luz, ciertamente intensa de la lámpara de keroseno, a Kat no pareció alarmarla la presencia del detective. Intrigarla tan sólo.

—¿Pasa algo, Dan?

—Puede.

Las hienas seguían llorando...

—¡Me escalofrían! —exclamó la sobrina del embajador.

—Alertaré a los hombres para que no se dejen sorprender —dijo en este punto el detective—. Escucha, Kat.

Le explicó los temores de Zuleia y Taki-Sidi.

—Según eso, podemos ser atacados como cuando nos dirigíamos a la Misión de Kubungu, ¿no?

—Lo ignoro, Kat —replicó—, pero los indígenas tienen olfato seguro y Taki-Sidi me parece un hombre valeroso e inteligente.

—Sí, una gran persona.

Kright, que comprobaba el buen funcionamiento de su Smith 38, se encaró con Zuleia, que a la luz de la lámpara semejaba una Venus de ébano.

Preguntó despacio:

—¿Dices que él escaló la cumbre?

—Sí, fue arriba.

—¿Cuándo?

—Al empezar a gritar hienas. Roquedal ser apto para atacar campamento. Todos aquí dormir tranquilos.

—Por desgracia —reconoció Kright—. Bueno, iré al encuentro de Taki-Sidi.

—¡Yo conducir, *effendi* —saltó Zuleia con firmeza—. Yo guiar a cumbre por roto terreno.

Kright estuvo a punto de rechazar la oferta, pero reflexionó. Zuleia era un pedazo viviente de aquel paisaje africano que conocía de toda la vida. Calculó que poseería el instinto de gacela frente al peligro, lo que, en las tinieblas de aquella noche, podía resultar de capital importancia si de veras eran atacados.

—De acuerdo, muchacha —aceptó el detective—. Subiremos los dos solos.

Zuleia se sintió muy importante, casi imperativa.

—Vamos, *effendi*.

El aludido miró de soslayo a Kat.

—Cuídate —fe dijo—. Estaré de regreso en breve, si nada se opone.

—OK.

Pero a pesar de su conformidad, Kat no pensaba permanecer impassible según el giro de los acontecimientos. Al igual que Zuleia era una mujer audaz, que no se arredraba ante

el riesgo. Si no acompañó a Kright hasta la cumbre fue para dar las mayores posibilidades de éxito al detective, ya que Zuleia sólo tendría que guiarle a él por un terreno desconocido y en medio de una lobreguez casi total. El trabajo de la indígena sería así más fácil.

Poco después, se apagaban las luces de las tiendas para dar la impresión de que los acampados se disponían a entregarse al descanso tras el ajetreo del día. Pero los cazadores se situaron alrededor de las tiendas con las armas a punto, y sin hacer ruido escuchaban el macabro llanto de las hienas y escudriñaban las sombras de la noche con pupilas de gato...

¡ *Yuhiiipeeeeeé!*

* * *

Zuleia marchaba con gran seguridad delante del explorador. De vez en cuando se detenía para auscultar el corazón de la noche y

tranquilizarse. En estos momentos se apretaba a Dan y le susurraba al oído:

—Todo quieto... ¿No oír, *effendi*?

—¿Oír? No, nada...

—Pues eso. Ser bueno.

Continuaron trepando por la colina, pero, de pronto, descubrieron la borrosa sombra de un animal que gruñía sordamente. Se encontraba como a veinte pasos de distancia de la pareja.

—Ser facóquero (1) —murmuró la negrita—. Estar nervioso. Ojalá pasar de largo y no querer lucha con nosotros.

(1) Suido parecido al jabalí, con grandes verrugas en ambos lados de la cara. Muy feroz.

El detective conocía su agresividad.

Afortunadamente, los gruñidos fueron alejándose. ¿Qué mala idea guiaba al animal para andar extraviado de noche con sus torpes ojillos? El detective recordó, empero, que su carne era excelente, y que en otras circunstancias hubiera podido cazarlo.

—Seguir nosotros —indicó Zuleia—, y evitar que Taki-Sidi confundir con enemigos y disparar. Poder matarnos.

—¡Eh! —roncó Kright, que también lo venía pensando—. No llares al mal tiempo, jovencita.

A partir de aquí, las nubes empezaron a romperse en bandas filamentosas y la luna llena dejó filtrar los primeros rayos.

Cambió entonces el panorama, puesto que la claridad, todavía incierta y espectral, permitía observar una gran franja de terreno que antes estaba oculta. Se hallaban cerca de la cumbre.

Los pedrejones eran ahora de superior tamaño, lo que les convertía en verdaderas trampas, pero también podían ser examinados con mayor atención conforme avanzaban hacia arriba.

Las hienas habían dejado de aullar, de modo que o festejaban su repugnante festín o bien olisqueaban la presencia humana y se batieron en retirada. La cobardía es el valor del débil. Claro que el definitivo interrogante consistiría en desvelar si se trataba de

carniceros de cuatro patas o simplemente de dos.

Taki-Sidi había apostado por lo segundo.

Las piernas de Zuleia se movían ahora con la gracia de un antílope hembra. El claroscuro lunar las vestía de terciopelo negro brillante.

Alcanzaron rápidamente la cima. La otra vertiente era mucho más suave que la que habían dejado atrás. Entre las diferentes especies arbustivas que allí crecían, Kright distinguió algunas euforbiáceas venenosas, cuyos jugos sirvieron para emponzoñar las viejas lanzas de los guerreros...

Mientras oteaban los accidentes de la montaña, oyeron un jadeo estertórico como surgido de un matorral próximo. Sonaba a garganta humana, como si alguien más muerto que vivo se encontrara expirando.

—¿Oyes, Zuleia?

—Sí, sí...

Kright empuñó la pistola. Con grandes precauciones se fue aproximando al misterioso matorral emisor...

La tutsi le pisaba los talones.

CAPITULO VI

—¡Nooooo...! ¡N'Mongo! ¡El loco!

La exclamación de la negrita frenó al detective. Vio ante sí la imagen de un hombre agonizante. Le habían apuñalado hacía poco, pero de manera feroz. Tenía la garganta casi seccionada y apenas podía articular sonidos. Pero eso no había gritado al herirle.

Zuleia se arrodilló junto al moribundo y fue reconocida por éste como la nieta del anciano jefe de la aldea vecina. Inmediatamente, los aterrorizados ojos de N'Mongo se cubrieron de serena paz.

—¡Zu... Zu...lei...a! —barbotó—. Hi...ja...

—¡Malditos asesinos! —murmuró ella. Y en un rasgo de bondad más irreal que efectiva, destrozó precipitadamente su faldita para vendar las terribles heridas de aquel desgraciado—. Yo salvarte y conducirte a mi pueblo... Todos cuidar de ti.

Kright, que siempre llevaba una cantimplora de ron colgada del cinto, la entregó a la muchacha, aconsejando:

—Dale de beber, Zuleia. Se irá más feliz.

Comprendió que la vida del negro se escapaba a raudales y que no tenía salvación posible pese a la buena voluntad de su compañera.

Pero la lengua de N'Mongo cobró vida al engullir ávidamente unos tragos de ron.

Empezó a hablar tartajeando...

Mientras esto ocurría, Kright controlaba el terreno con ojos de lobo para poder recibir a tiros al primer importuno que quisiera turbar la agonía, ahora tranquila, del infeliz N'Mongo.

Se dio cuenta de que hablaba de él en su jerga tribal y, lógicamente creció su interés por la conversación que mantenía con la muchacha.

Pero tenía que esperar a que luego se lo contase Zuleia.

Entonces ocurrió lo imprevisto. Un machete silbó por el aire hasta rozar la cadera de Kright. Cuando éste se volvió como una centella para repeler la agresión fue atacado por la espalda. Pero el detective era un consumado judoka y se desentendió de su segundo enemigo haciéndole volar por encima de su cabeza. El atacante fue a desnucarse contra un pedriscal próximo, y durante unos segundos se enroscó sobre sí mismo como una culebra, sacudido por fuertes espasmos. A! fin, quedó inmóvil, tieso, listo para ser enterrado.

Kright dirigió ahora el cañón de la Smith contra el matorral desde donde le arrojaron el machete con el mejor deseo de atravesarle de parte a parte.

Disparó tres veces seguidas triangulando los proyectiles para cazar al agresor, pero no lo consiguió.

Viéndose frustrado, alcanzó la maleza en dos hábiles saltos, pero por detrás de la misma sólo se extendía la calva ladera, sin que ningún ser viviente pudiera esconderse bajo la ámbar claridad del satélite que bañaba el terreno.

Comprendió que el bandido se había largado al fallar el golpe.

Pero como tampoco se oían disparos en el campamento, sospechó que

aquellos individuos perseguían a N'Mongo para matarle —cosa que habían conseguido—, pero

que ante la presencia del detective y su acompañante reaccionaron violentamente por un elemental sentido de seguridad. Por eso le habían lanzado el machete al tiempo que le agredían por la espalda.

Regresó sobre sus pasos.

Encontró a Zuleia muy abatida y sosteniendo en brazos la ya exangüe cabeza del desdichado N'Mongo.

—¿Muerto?

—Sí —susurró entrecortadamente—, se ha ido ya.

El detective le palmeó los hombros, animándola.

—Lo enterraremos mañana al clarear —dijo—. Otra cosa no podemos hacer por él.

Llegamos con unos minutos de retraso... Dejémosle en manos de los espíritus.

—Si, ellos recoger a N'Mongo.

Era animista.

Se levantó despacio. Zuleia parecía aún más esbelta sin la faldita...

Kright desvió la tensión hacia otro lado.

—Pensemos ahora en Taki-Sidi, ¿qué habrá sido de él?

—Tal vez regresar a campamento.

—Hummm... —gruñó el detective—, antes me gustaría reconocer la ladera que tenemos a la vista.

—Vamos, *effendi*.

Así lo hicieron.

Kright seguía pensando por qué asesinaron a N'Mongo tan lejos de las quebradas donde aquél paseaba su verdadera o falsa locura.

Zuleia se lo aclaró:

—Llevar una semana persiguiéndole. El huir. Finalmente encontrar sus huellas y asesinar con odio.

Más o menos era lo que había sospechado Kright, que, sin embargo, insistió:—Pero ¿por qué querían asesinarle?

—Porque saber cosas y poder contar.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo confesó N'Mongo? ¿Supo también quién era su asesino?

—Fathulla Hulule.

—¡Qué ganas tengo de echarle la vista encima!

—Ser bicho. Bicho malo.

Se introdujeron por una senda arbustiva. Rodearían la colina cerciorándose de que Taki-Sidi no se encontraba por aquellos alrededores. No era difícil.

—Dime, Zuleia —demandó Kright tras un corto silencio—, ¿hablaste más cosas con el desaparecido N'Mongo?

—Decir él que fotógrafo escapar antes llegada Fathulla, y que ir acompañado de una mujer.

—¿De una mujer...? ¿Por qué no nos habló de esto el venerable «padre de tu madre»?

—Porque N'Mongo callarlo siempre y nadie saber. Ella ser antigua amante de Fathulla.

Llamarse Sakima.

—¿Qué dices? —exclamó el detective, verdaderamente interesado ahora—. ¿Que Sakima plantó a Fathulla para asociarse a Bill Montgomery?

—N'Mongo sólo afirmar que Sakima huir con fotógrafo, pero no saber el porqué de esto.

—Ya.

Pero Kright no aceptaba la versión del negro. Imaginaba más bien que la huida de aquella Sakima obedecía a un plan perfectamente trazado con los dos hombres. Por otra parte, las hordas de Fathulla podían

caer sobre el pequeño poblado sin preocuparse de la seguridad de la amante del jefe, ya que no se encontraba allí. Aquellos tipos debían descontralarse en sus fechorías hasta el punto de asesinar a su propia madre.

Pero, como esto perjudicaba el crédito de Montgomery, Kright se lo calló para sí. No quería desilusionar a la inocente Zuleia que, lo mismo que su abuelo, creían en la bondad del fotógrafo, pues había pasado por su poblado vestido de manso cordero...

Tras la pequeña interrupción, la negrita se detuvo de pronto, alarmada e inquieta.

Kright la atrajo hacia sí, interrogando en voz baja:

—¿Algún peligro?

Continuaba fiándose del instinto de los nativos.

—No saber bien...

La Smith voló nuevamente a la mano del detective, que bisbiseó:

—¡No querrá el diablo que sea el mismísimo Fathulla Hulule que anda extraviado por la zona!

Zuleia apenas le escuchó. Con el brazo extendido señaló a su derecha.

—Allí —dijo.

Avanzaron hacia unas fuertes matas espinosas y...

—¡No...! —exclamó Kright, palideciendo—. ¡Taki-Sidi!

—¡Ohhh...!

El joven tutsi estaba en el suelo con un puñal clavado en mitad del pecho. Tenía los ojos semicerrados, como si hubiera resistido hasta el último momento el sueño de la muerte en un trozo de tierra que regó con su sangre...

Algunos repugnantes múridos huyeron asustados de la presencia humana...

El dolor de Zuleia era tan grande y profundo que no le permitía hablar.

—Ha de ser terrible para ti, lo sé... —murmuró Kright con voz oscura —. Fue un hombre valiente y generoso que arriesgó su vida por los demás.

—Ser grande, muy grande... Dar todo siempre. No cansar nunca de amar.

Y escondió la cabeza en el pecho del inglés para sollozar desconsolada y silenciosamente.

Kright dejó que derramara las primeras y amargas lágrimas que acompañan a las grandes crisis antes de dirigirle palabras de consuelo, que tal vez no hubiera escuchado.

Ella repetía monótonamente:

—Pero, ¿por qué...? ¿Por qué?

—Porque el diablo anda suelto por los alrededores del Victoria —barbotó el detective.

La obligó a tomar unos buches de aguardiente para remontar la fuerte depresión de ánimo en que estaba sumida.

—Te sentará bien, pequeña —la animaba—. Bebe... Bebe un poquito más.

Algún hilo de ron le desbordaba los labios y le caía sobre el pecho. Kright se encargaba de secárselo con el pañuelo, así como también las lágrimas del rostro. ¡Cómo suspiraba la hermosa y desconsolada viuda!

El redobló sus atenciones, hasta el punto de que la muchacha empezó a ver su futuro

menos negro que el que propiciaba su pena.

Se abandonaba sobre el pecho del explorador, que actuaba como una madre...

—Cálmate, cálmate...

Pero no podían permanecer así hasta la consumación de los tiempos. El detective la desenlazó con suavidad, arguyendo:

—Cargaré con el infeliz de tu marido —manifestó—, y evitaremos que lo acosen los animalejos nocturnos.

—¡Oh, sí! —gritó ella en un último afán de posesión—. ¡Que nadie se lleve nada que es mío!

Kright se lo cargó con facilidad. El cuerpo estaba ya frío, y la sangre semi coagulada parecía látex...

Apresuraron el paso.

Pero al llegar al campamento se encontraron con otro cadáver.

—¿Quién es ese? —roncó Kright, mientras Kat se hacía cargo de la negrita y Taki-Sidi era depositado en el suelo y cubierto con una manta.

—Un hombre de Fathulla, ¡maldita sea! —exclamó el jefe de los porteadores—. Le cacé vi vito y coleando, pero sus compañeros le asesinaron al ver que caía prisionero, para evitar que cantara de plano.

—Es verdad —masculló—. Un vivo siempre puede revelar secretos, pero un difunto no.

¿Le arrancaste algo antes de morir?

—Decir que Fathulla seguir nuestros pasos sin dejarse ver nunca —replicó Changrah con su inglés vivo y rápido—. Decir también que nos golpeará donde y cuando interesar a él.

—Ya —masculló Kright—. ¿Pudiste interrogarle sobre Bill Montgomery?

—Sí, decir algo sobre fotógrafo que no lograr comprender bien —justificó malhumorado—, pero ya no pude dirigirle más preguntas porque mataron.

Kright encendió un cigarrillo.

—Es una lástima. ¿Así que no recuerdas nada en concreto?

—Bueno, no tener sentido.

—¿A ver?

—Decir que nunca encontrar al «muerto», *master*.

—Al «muerto», ¿eh?

—Eso.

—¡El diablo cargue con la momia! —bufó el detective—. Ya oí esa copla en otro lugar y también de labios de un moribundo. Parece como si las víctimas quisieran asustarnos antes de emprender su viaje al infierno.

Pocas cosas más dijeron. Tras montar los tumos de vigilancia pertinentes, determinaron descansar las horas que les quedaban hasta la salida del sol. Entonces enterrarían los cadáveres y trasladarían el de Taki-Sidi a su poblado en compañía de la entristecida Zuleia.

Terminado lo cual, emprenderían de nuevo su camino hacia Biharamulo y el lago Victoria siguiendo el rastro del escurridizo y enigmático Bill Montgomery.

* * *

Taki-Sidi fue cargado en un jeep conjuntamente con su mujer, mientras en otro vehículo embarcaban Changrah y dos porteadores de escolta.

Kat y el detective se quedaron donde estaban para no perder más tiempo con motivo de las ceremonias fúnebres que acompañarían al entierro del marido de la «hija de la hija» del jefe del poblado. Aunque sintiéndolo de veras por todos sus amigos de color, a Kright no le pagaban para eso.

Le pagaban para encontrar a Bill Montgomery.

* * *

La despedida fue muy emocionante. El propio Kright le había tomado afecto a la deslumbrante negrita, tan triste ahora y sin dueño. También ella inclinaba su ánimo hacia el hombre blanco que tales muestras de amistad y antiracismo dio en el poblado con las mujeres de color, al besarla con efusión después de entregar diez dólares a su marido.

¿Qué más podía pedirle a aquel inglés? ¿No tenía juventud, dinero y encima repartía amor?

A tales conclusiones íntimas había llegado la gentil Zuleia.

Antes de embarcar en el jeep se despidió de Kat con lágrimas en los ojos, pero fue una cascada de sollozos la que derramó aplastada en el

pecho de Dan.

—Cálmate, cálmate... —la instaba el detective no menos conmovido —. A él no le gustaría verte tan deshecha... Taki-Sidi era un hombre fuerte y generoso; por eso eligió a una extraordinaria compañera: a ti, Zuleia.

Y empleaba otra vez el pañuelo para secarle la humedad que resbalaba por sus mejillas y que le mojaba el seno...

—Te recordaré siempre, *effendi*... Hip... hip.

—Y yo también, pequeña —confirmó Kright, llevándola a! asiento del jeep—. De regreso volveremos a cruzar tu pueblo y saludaré otra vez al «padre de tu madre», a quien deseo cien años más de vida.

Changrah se había sentado ya en el volante.

Zuleia esperaba un último gesto del inglés antes de que arrancase el vehículo.

Kright dobló la cintura y con sus labios atrapó los de la negrita besándola al estilo europeo.

El vehículo arrancó con una sacudida, y pronto desapareció por el desnivel...

Kright notaba algo dulzón los labios cuando...

—Nunca nos cansamos de enseñarles cosas a los negros —dijo Kat a sus espaldas—, sobre todo si las aprendizas son tan inteligentes y bonitas como la que se acaba de ir.

—Merecía un consuelo la criatura.

—Oh, sí —confirmó Kat—. Tus métodos son irreprochables.

El detective la miró con sospecha, convencido de que podía tomarle el pelo.

—Hummm... —gruñó para sí.

CAPITULO VII

Hasta media tarde no volvió a ponerse en marcha la caravana.

Atravesaron la raya fronteriza con las primeras luces del véspero.

Afortunadamente, habían empalmado un camino secundario por donde podían moverse sin grandes dificultades bajo la claridad de las estrellas. Los jeeps rodaban bien.

Hicieron alto en las proximidades de Biharamulo, junto a una aldea indígena rodeada de campos de algodón que amarilleaban como el oro. Estos indígenas son excelentes agricultores, que incluso se organizan en cooperativas para la mejor defensa de sus intereses colectivos.

Buen personal.

No obstante, fueron recibidos con frialdad a su llegada, debido a los malos vientos que soplaban en la vecina república de la que les tocaron algunas salpicaduras.

Luego, al darse cuenta de que una pareja blanca comandaba los jeeps, suavizaron su actitud, y se abrieron a la comunicación con la tranquila simplicidad de las gentes de color.

Los visitantes tomaron rápidamente contacto con los notables del lugar y se enteraron de que había ocurrido algo terrible tres millas al norte de la aldea, en un consorcio de granjas agropecuarias dirigidas por unos misioneros de la iglesia anglicana. Una historia de devastación, de sangre y de ruina.

—Nosotros recoger a tres refugiados —explicó un sukuma, llamado O'Buto Jemide, encargado del algodonal—. Son dos hombres y una mujer. Es posible hablar con ellos —

agregó.

—Sería interesante y también conveniente —asintió el detective.

—Vamos allá.

O'Buto Jemide llevó a los expedicionarios hasta el almacén de los tractores —dos anticuados Jennkin's oruga—, donde, provisionalmente, habían instalado a los tres supervivientes de las granjas nortañas.

Los hombres eran padre e hijo. Ella, una viuda de media edad, pero ya con la espalda curvada por el peso de la vida. Desgraciadamente, en Africa se muere pronto. Más aún las mujeres, que tienen a su cargo la conservación de la especie, atender el débito sexual de los machos, y apencar con las bregas del campo y de la choza. Negro destino.

Ninguno de los tres refugiados puso obstáculos a una sincera conversación.

—Grupo armado asesinar a veinte personas —declaró el más joven de los hombres—.

Mi padre y yo poder salvar porque estar fuera granja, en lago, donde embarcar pacas de algodón para Nyahanga.

—Dar gracias a Dios por esto —confirmó el viejo, que era cristiano.

—Yo esconderme en pozo y casi ahogar —expresó ahora la mujer, recordando su peripecia—. Ellos pasar por encima, pero no ver. Tener prisa. Al salir de agujero toda mi familia estar muerta, no quedar nadie en pie. ¡Todos sin vida!

Se le había quebrado la voz.

—¿Conocéis el nombre de vuestro verdugo? —interrogó Kright a sabiendas de lo que iba a escuchar.

—Fathulla Hulule.

—¿Un cabecilla ruanés?

—Un integrista africano — rectificó inmediatamente O’Bu- lo Jemide, que estaba mejor informado—, pero que tampoco siente escrúpulos de asesinar a sus propios hermanos según el provecho que le ofrezca la matanza. Ha tomado partido por los hutus porque son más numerosos.

De acuerdo con esto, Fathulla se situaba a la altura de los Amin, de los Bokasa, de los Macías, y tantos otros esperpénticos tiranos surgidos al rescoldo de las independencias.

Sólo que a escala menor.

De todas formas, lo que más importaba al detective era no perder la pista de Bill Montgomery.

La mujer, a quien sus compañeros llamaban Maumoon, demostraba ser muy comunicativa. Así que...

—Dime, Maumoon —demandó Kright—, ¿pasó por vuestra granja un fotógrafo inglés, acompañado de una joven negra y un grupo de sukumas a bordo de un Land Rover?

Los ojos de la aludida chispearon.

—¿Hablar de Bill Montgomery?

—¡Ya lo creo! —saltó Dan, anticipándose a su compañera.

—Sí, sí... —asintió a su vez Kat—, ¿qué recuerdas y qué puedes decirnos de ellos, Maumoon?

—¡Mucho!

—Mejor que mejor.

Todos dejaron que la viuda se expansionase, máxime cuando los otros dos supervivientes, padre e hijo, no fueron testigos de las matanzas por encontrarse a orillas del lago Victoria.

—Personalmente cuidar de míster Montgomery y de Sakima. su esposa —relató—. Los dos ser muy cariñosos.

Kat manifestó su sorpresa ante estas palabras, y no fue menor la que experimentara su compañero, que interrogó:

—¿Escuché bien que Sakima era la esposa del fotógrafo, buena mujer?

—Si, lo creo —repuso—, ya que por la noche dormir juntos.

Ante esta afirmación, Kright admitió que el ex terrorista no era tan misógino como creía el director gerente de *Telegraph Films*. O sea, que se dejaba caer en el catre cuando lo consideraba oportuno.

—De acuerdo, Maumoon —zanjó el detective—. Continúa.

—Ellos permanecer dos días en granja y fotografiar todo. Incluso dar pequeña fiesta antes de partir. Hacerlo horas antes de llegar Fathulla... ¡Hambrienta hiena!

Kright encendió un cigarrillo concentradamente. Analizaba el relato de la negra desde distintos ángulos.

Después de un corto silencio:

—¿Se interesó Fathulla por Montgomery en algún momento?

—No hablar de eso, ¡nunca! —afirmó—. Sólo que reunirnos a trabajadores en granja piloto, y allí encerrar bajo llave, pero soltar chicas por el campo... Hombres correr tras ellas y violar conforme atrapar, hacerlo muchas veces. Muchachas chillar como locas.

Luego, empezar matanza, incendiar, destruir... Los que poder escapar, como yo, ser tumbados a balazos. No respetar viejos ni compadecer criaturas. Ser todo bárbaro, brutal... Poner pelos de punta.

Los comportamientos humanos resultaban vituperables a pesar de los avances tecnológicos. La justicia y el amor dejaban de brillar en el noventa por ciento de las estructuras mundiales en los albores del año 2000.

Desconcertante atraso.

Katheleen intentó consolar a la infeliz mujer que se había quedado sola en el mundo.

Conseguido en parte su propósito, inquirió:

—Maumoon, ¿te das cuenta del camino que tomó la pareja al abandonar la granja?

—Se fueron al Este.

—¿Lago Victoria?

—Sí —confirmó Maumoon—, porque querer embarcar material de Land Rover en transbordador. Temer perderlo por carretera.

—¿Perderlo o que se lo robasen?

—No sé.

Pensó Kright que en los embarcaderos del Victoria se enteraría de muchas más cosas.

No obstante, había un extremo que le preocupaba.

—Recuerda bien, Maumoon —demandó—, ¿oíste algo que relacionara a Sakima con el despreciable Fathulla Hulule?

Asintió con un golpe de cabeza sin la menor vacilación.

—Sakima huir de Fathulla —dijo—, porque ser musulmán y tener cuatro esposas, pero él querer tener cinco. Sakima no estar de acuerdo en ser su quinta esposa. En cambio, conocer hombre blanco, fotógrafo, y gustarse los dos. Divertirse misma cama.

—¿Cómo te enteraste tú de esta relación entre Sakima y Fathulla?

—Porque oír conversaciones. Porteadores ser muchachos sukumas. Buenos chicos. Ellos hablar lo suyo y yo escuchar.

A pesar del pintoresquismo verbal usado por la viuda Maumoon para explicar que un inglés y una negrita se había atraído mutuamente bajo el ardor de los trópicos, Kright pensaba si, realmente, había ocurrido así en el caso particular de Montgomery y la bella Sakima. Sospechaba, más bien, que podía tratarse de un ardid para confundir la idea de un Montgomery acosado por la cólera del sanguinario Fathulla. El interrogante consistiría, pues, en saber hasta dónde conduciría aquella persecución y qué habría al final de la misma.

Extremos estos que traían un tanto perplejo al detective.

Tomó una decisión tras consultar su cronómetro. Las diez en punto.

Como pensaba salir al día siguiente de madrugada, interrogó:

—¿Puedes llevarme hasta las destruidas granjas, Maumoon?

Sintióse alarmada.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿De noche, míster?

—¿Por qué no?

Su inquietud fue en aumento.

—Encontrar allí todo deshecho y arrasado. Todo convertido en cenizas... —protestó amedrentada.

—Esto es muy cierto —apoyó O'Buto Jemide, que hasta entonces había permanecido al margen del diálogo—. Sólo tropezar cadáveres de bestias y huesos blanqueados al sol...

Ser cementerio total.

También lo pensaba el detective. Pero, como tantos investigadores, estaba persuadido de que los criminales regresan al teatro de operaciones a poco de que se les incite, porque son víctimas de una morbosidad que les hace vulnerables a la policía. Sospechaba que Fathulla no resistiría el impulso de acercarse a las granjas cuando viera el lugar iluminado por los faros de los jeeps. El bandido no debía

encontrarse demasiado lejos, puesto que venía pisándoles los talones desde que salieron de Kigali.

Inútil decir que el gran afán del detective era echarle el guante al bandido, pero, de no poder ser así, aprehender a uno de sus hombres y hacerle cantar lo que supiera acerca de su miserable jefe, de la enigmática Sakima, y cuáles eran las relaciones de estos dos con el escurridizo fotógrafo, pues seguí creyendo que los tres personajes estaban ligados por un factor común, aunque de naturaleza desconocida.

Kright se llevaría solamente a Changrah como escolta, ya que era un hombre excepcional, muy sereno y arriesgado. El resto de los porteadores descansarían en la aldea.

No perdió más tiempo.

—Cementerio o no —dijo—, me interesaría echarle un vistazo a las granjas. ¿Hay camino para el jeep?

—Sí, ser bueno.

—Lo que permitirá ir y volver con prontitud. —Encarándose con la indígena, insistió—: Te recompensaré con cincuenta dólares, Maumoon. ¿Quieres ganarlos?

La aludida abrió desmesuradamente los ojos. Le parecía inaudito que un desconocido le regalase aquella suma por efectuar un retorno al pasado trágico. El miedo que sintiera momentos antes se transformó en esperanzada gratitud ya que, por encima de todo, la mujer estaba en este mundo y tenía que seguir viviendo.

—¿Cincuenta dólares para mí...? ¿De veras, sir?

Entendía Kright que la mejor promesa era la promesa cumplida. Así que extrayendo la cartera de su bolsillo separó dos billetes de veinticinco dólares cada uno, y...

—Son tuyos.

—¡Oh...!

Sintióse arrebatada por los nervios.

Entretanto, el detective llamó a Changrah. para ordenarle la inmediata partida.

La sobrina del embajador, que había permanecido en un discreto segundo plano hasta entonces, apenas se dio cuenta de que no contaban con ella aquella noche, se rebeló.

—También os acompañaré —dijo—, y cualquier cosa en sentido distinto sería una lamentable pérdida de tiempo. —Con desafío—: ¿Has comprendido, Sherlock Holmes?

El detective plegó velas ante la agresiva andanada de Kat.

—Llevarte la contraria resultaría más peligroso — confesó.

—Eres un encanto de perspicacia, Dan.

O'Buto Jemide, que había visto la abultada cartera de Kright, también ilustró sus

propios pensamientos. Dedujo que mientras los blancos manejaban la pasta para comprar voluntades, ellos doblaban los riñones para sacarle fibras al algodonal. El mundo funcionaba así. O ¿no?

Rascándose el cogote se separó del grupo para dirigirse a su casa donde ya su mujer le esperaba desnuda en el camastro. Cuando él se tendiera a su lado después de comer algo,

¡pardiez, cómo se encenderían las carnes de la negra! Parrillada al canto.

* * *

Tal y como se había dicho, el camino de las granjas discurría por una herbosa llanada de excelente drenaje a juzgar por lo bien que se agarraban los neumáticos sobre el piso.

Podía sospecharse que las lluvias hubieran sido menos intensas en aquella zona o que el sol resultara más eficaz para evaporar el agua durante las horas diurnas.

—Ojalá siga así el camino hasta el Victoria —murmuró el detective.

Aun a riesgo de ser baleados rodaban con las luces más potentes sobrevolando los verdes tallos de invierno. La noche estaba de luna nueva y débilmente iluminada por el fondo de las estrellas de la galaxia.

Las cuatro millas y pico de separación de las granjas con la aldea sukuma fueron cubiertas en menos de veinte minutos.

Pararon frente al edificio central del consorcio. La obra de fábrica conservaba en pie únicamente una pared maestra que el humo de los incendios había ennegrecido por completo. El resto sólo era un montón de calcinadas ruinas.

Al apearse del jeep, Maumoon exclamó:

—Yo recordar bien. Aún oír grito de mis hermanos que correr como antorchas humanas.

Algunos que lograr huir cazar a tiros. Nadie ser respetado.

—Sí —convino Kat, estremeciéndose—, tuvo que ser horroroso. Pero ¿qué clase de monstruo es ese Fathulla Hulule?

Nadie se molestó en contestarle, ya que le explicación estaba escrita ante los ojos de todos. Páginas tremendas de devastación y de barbarie.

—Peor que hiena rabiosa —gruñó sordamente la negra.

El grupo formado por Kright y las dos mujeres avanzaron por entre las damnificadas ruinas. Changrah no.

De acuerdo con un plan previsto, el jefe de los porteadores buscó un buen lugar de observación que, providencialmente, halló en las ramas de un copudo mirtáceo que se levantaba a escasa distancia de los jeeps. Desde la copa del árbol podía escudriñar el terreno próximo que continuaba alumbrado por los faros de los vehículos y prevenir cualquier desagradable sorpresa. Porque era impensable imaginar que Fathulla Hulule no estuviera al tanto de sus maniobras si se encontraba por los alrededores de las granjas, espiándoles. La duda consistía en saber cuál sería la intención del bandido: ¿atacarles como en ocasiones anteriores o estarse quieto a la expectativa por circunstancias que sólo él podía valorar?

Lógicamente, Changrah tenía el rifle a punto y, ¡vive Dios!, que cuando lo hacía cantar ponía en solfa a la misma Muerte. El buen negrazo no fallaba un proyectil ni estando ebrio.

Concentrado en las explicaciones y lamentaciones de Maumoon, el detective se había olvidado de la encantadora Katheleen, que flotaba sobrecogida por entre las siniestra; ruinas...

Fue así como se separó de los jeeps y del control de Changrah, que ahora espiaba sospechosos movimientos a la derecha de los tallos...

Envuelta cada vez en mayor penumbra, Kat bajaba por un terraplén sin apercibirse de que era seguida por un individuo de atlética planta que se aproximaba a ella como un tigre. Y así, saltando adelante la sujetó con brazo de hierro mientras le llevaba un pañuelo a los labios para que no despertase la noche con sus chillidos. Hecho lo cual, se la cargó fácilmente al hombro, y sin preocuparse de sus pataleos corrió velozmente en dirección al norte.

Como a milla y media de las granjas se destacó la silueta de un Land Rover parado. En el volante se encontraba una mujer negra, joven y hermosa, que fumaba un pitillo con la vista fija en la sombría pradera.

Cuando el atleta alcanzó el vehículo y depositó en él su viviente carga, el Land Rover arrancó con las luces apagadas y guiándose exclusivamente por el fulgor de los astros.

—Poder ganar olimpiada —bromeó el hércules, resollando muerto de cansancio.

Su compañera ordenó:

—Quítale la mordaza a la chica, Abu Malé.

Obedeció en seguida, murmurando:

—Vale, Sakima.

¡Sakima! Este nombre penetró como un taladro en el cerebro de Kat. ¿No se llamaba así la ex amante de Fathulla y ahora compañera de Bill Montgomery?

Se quedó tensa y expectante.

Sakima se dio cuenta del cambio experimentado por la prisionera, y anunció:

—No temer nada si permanecer quieta y obediente. No arrepentir entonces.

Kat intentaba recuperar el aplomo perdido. Consiguiéndolo en parte, preguntó:

—¿Se trata de un secuestro?

—Bueno... Nombre poco importar.

—Pero ¿por qué me habéis raptado? —quiso saber.

—Porque así conocer verdad. Toda la verdad.

—¿Quién me la va a contar? —receló—. ¿Acaso Bill Montgomery?

—Verdad no tiene lector. Ser siempre verdad —afirmó rotundamente—. No importa quién la diga.

Abu Malé tenía la vista clavada en el terreno que iba quedando a sus espaldas. Recordó a su compañera:

—Qué ganas tengo de que llegue esta noche para eliminar apestosos buitres.

—¿Están nuestros hermanos de acuerdo?

—Sí, están... ¡todos! ¡Ya era hora! Por fin, alejar peligro nuestras fronteras, nuestros campos y casas... Respirar paz.

Kat, apenas reparaba en dichos comentarios, ya que su mundo viajaba por otra

dimensión.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó.

—Nyakahanga.

La sobrina del embajador había estado allí. Se trataba de una población importante, semifronteriza, situada a ochenta millas al norte de Biharamulo.

Tres o cuatro horas de viaje a la velocidad que llevaban.

Kat encendió un cigarrillo para tranquilizar los nervios. Sospechaba que aquella gente le había secuestrado para utilizarla como rehén, pero ¿para qué?

—¿Nos espera Montgomery en Nyakahanga? —aventuró.

Sakima despidió la colilla fuera del Land Rover, tensando las facciones y guardando un corto silencio. Inmediatamente después, respondió con sequedad:

—Ojalá.

Era como no decir nada.

CAPITULO VIII

El primero en darse cuenta de la desaparición de Katheleen fue el detective.

Pero cuando se disponía a llamarla a voces, resonó el Winchester de Changrah seguido de una blasfemia y de un grito de dolor procedente de las altas hierbas situadas a la derecha de las casas. Allí donde el terreno de labranza daba paso al inculto *myonbo* (1) secular.

(1) Sabanas elevadas, de hasta 1.500 metros, con altas especies herbáceas y diversos tipos de árboles que no llegan nunca a constituir un bosque. Paisaje característico de anchas superficies tanzanas.

Aquel primer disparo desencadenó la lucha abierta. Las detonaciones crecieron en intensidad.

Maumoon chilló despavorida:

—¡Nos matarán...! ¡Nos matarán...!

Kright la prendió del brazo y buscó un lugar para contestar al fuego arriesgando lo menos posible. Sin embargo, comprendió que Changrah debía de pasarlo mal, aplastado en las ramas del eucalipto que le servía de parapeto. Esta situación presentaba más inconvenientes que ventajas, ya que los hombres de Fathulla podían balearle desde distintos ángulos, aprovechándose de la escasa visibilidad del tirador encerrado en la incómoda copa del árbol.

Tenía que echarle una mano. La mejor forma de ayudarle sería colocarse a retaguardia de los bandidos para cogerlos entre dos fuegos y desbaratarles el dispositivo de ataque, sembrando el pánico y la confusión entre ellos, máxime cuando eran bergantes habituados a luchar contra poblaciones indefensas que no sabían morir de pie.

—Quédate aquí, agazapada entre estas piedras, Maumoon —le ordenó Kright—, y no te muevas hasta que esto haya terminado. Confío que será pronto.

Desoyendo las débiles protestas de la infeliz, saltó adelante y reptó hacia el herbazal con la agilidad de una salamandra. Pensó que ganaría la partida si conseguía avanzar sin que le vieran, pero los faros encendidos de los jeeps dificultaban la maniobra, ya que tenía que pasar frente a ellos si no quería perder un tiempo inapreciable.

Pero, cuando lo hizo, ninguna bala fue en su busca. Esto causó una enorme perplejidad al detective, que aumentó todavía más cuando, rodando por un desenfilado ribazo, una lluvia de proyectiles empezó a zumbar sobre su cabeza. Un momento antes y le hubieran convertido la cabeza en un colador. Ahora no consiguieron siquiera despeinarlo.

Pero este tiroteo se acalló tan pronto como había empezado, y el silencio volvió a cundir sobre los pastos. Un silencio renovado, omnímodo, demoledor...

El detective masculló una palabrota porque comprendió que los hombres de Fathulla se estaban retirando a tiempo. Con esta actitud, tan cobarde como absurda, demostraban que no querían dar la cara abiertamente ni entablar un choque directo. Pero entonces sus golpes tenían más de hostigamiento y de presión psicológica que de verdadera batalla, ya que, en caso contrario, era impensable que Fathulla gastase tantos miramientos si quería destruir la expedición. Todo esto conducía a un mundo de interrogantes.

Esperó un rato más.

Nada. El silencio sólo era quebrado por ruidos nocturnos procedentes de la sabana, sin relación alguna con las huestes del criminal...

Changrah también pareció comprenderlo así y, rápidamente, se descolgó por el tronco liso del mirtáceo demostrando la agilidad del mono.

Ningún proyectil le persiguió.

Kright, aunque adoptando precauciones todavía, fue al encuentro del jefe de los porteadores, que se había refugiado en las ruinas...

Al reunirse, el negro mostró visiblemente su contrariedad y su cólera.

—¿Será posible no poder coger a un prisionero vivo, míster Kright? —espetó incrédulo—

. O nos los matan cuando los tenemos cerca o ni siquiera asoman las narices.

—A fe mía que sí —asintió Dan—, parecen una cuadrilla fantasma.

Aquello desconcertaba al negro.

—¿Por qué se comportan así? —dijo, gesticulando con viveza—. ¿Qué

pretenden de nosotros?

—Tal vez azuzarnos —repuso Kright—, para ver si nos ponemos nerviosos.

—¿Nerviosos? —repitió Changrah, escasamente convencido—. ¿Disparar contra los demás es para ellos un juego? ¿Por qué quieren ponernos entonces nerviosos?

Kright se encogió de hombros porque le faltaba una respuesta clara a dichas preguntas,

—Si lo supiéramos ahora mismo —repuso—, ya estaríamos al cabo de la calle.

Después de esto, el detective se acordó de las mujeres. Seguramente que Maumoon no se habría movido del lugar donde la dejó, ya que la infeliz estaba muerta de miedo.

—¡Maumoon...! ¡Maumoon! —gritó.

El eco alargó siniestramente las últimas letras «mooooonnn...».

Sin resultado.

—¿Por qué no responde, *master*?

—Hummm...

Repitió la experiencia sin mayores éxitos. Pero ahora el silencio de Maumoon venía reforzado por el propio de Katheleen Moody.

Changrah estaba perplejo.

—¿Acaso no oyen?

—Lo que me parece muy misterioso —señaló gravemente Kright—, pero en seguida saldremos de dudas. Sígueme. Changrah, y ojo avizor.

No hacía falta advertírselo al jefe de los porteadores, que rezongó con reluctancia:

—Los ojos deben tenerlos bien abiertos ellos o yo cerrárselos para toda la vida.

Llegaron a! lugar donde tenía que encontrarse Maumoon.

—Se ha largado —gruñó el detective—, pero ¿hacia dónde?

—Tal vez regresar a la aldea.

—No lo creo.

—¿Entonces?

Se pusieron a buscar por los alrededores. Cada uno por su lado, cuando...

—¡Nooo...! —gritó el negro ahogando un juramento de rabia—, ¡Ser terrible!

Kright supuso lo peor y corrió hacia donde se hallaba su compañero, pero pronto paralizó sus movimientos al fijar la vista en el suelo.

—¡Malditos bastardos! —murmuró.

La infeliz Maumoon estaba tendida en los escombros, cara al cielo, en una trágica y grotesca postura. Le sobresalía el mango de un machete a la altura del corazón, y su pecho estaba rojo, sangriento, bañado en un liquido viscoso y todavía caliente... El espectáculo hería la vista de los dos hombres.

Kright palideció.

Al arrodillarse junto al cadáver su turbación alcanzó cotas insuperables al ver dos billetes de veinticinco dólares arrugados entre los dedos de la víctima. Recordó que eran los mismos billetes que él le había entregado en la aldea *sukuma* para llevarla a una triste muerte. ¡La infeliz había comprado su tumba seducida por un puñado de dinero!

A su manera, Kright se sintió culpable porque Maumoon se le resistió a volver de noche a las granjas. Pero él le obligó mercadeando con indefensión y con su pobreza...

—No te merecías eso —dijo sordamente. Y agregó—: ¡Por los clavos...! ¡No he de partir de Africa sin que antes vengue tu muerte!

Changrah, que se sentía tan emocionado y colérico como el propio detective, amenazó también:

—¡Yo retorcer pescuezo como gallina...!

El detective se puso en pie con cansancio.

—Llévala al jeep Changrah. La trasladaremos a la aldea para enterrarla allí, con sus hermanos.

El jefe de los porteadores obedeció sombrío.

Kright pensaba ahora en la sobrina del embajador. ¿Dónde se encontraría Kat? Aunque rechazaba con todas sus fuerzas la posibilidad de que hubiera sido asesinada, como lo fue Maumoon, notaba un sudor frío empapándole la frente...

—No puedo creerlo. No —mascullaba con los labios apretados—. ¡Imposible!

Esperó el regreso de Changrah para buscar alguna pista que justificara la misteriosa desaparición de la muchacha, a pesar de que se hacía mayormente difícil encontrarla en medio de aquella oscuridad. Pero la suerte fue entonces su aliada. Cuando los dos hombres bajaban por un desnivel, cansados de dar vueltas alrededor de las ruinas, distinguieron un objeto personal de Kat: un pañuelo.

Fue suficiente para que redoblaran sus esfuerzos en torno al perfumado rectángulo de tela, hasta que lograron descubrir las fuertes pisadas del negro que la secuestró. A partir de aquí ya todo resultaría más fácil, pero no antes de que despuntara el día para seguir las huellas del raptor, sin extraviarse.

El jefe de los porteadores también lo consideró así.

Poco después reemprendían el retorno al poblado con la macabra carga de Maumoon por toda compañía.

La viuda ya descansaba en paz. Y para siempre.

CAPITULO IX

Conforme lo determinado, la expedición se puso en pie apenas raseaba el sol la linde del horizonte, y después de enterrar a Maumoon entre amuletos y signos mágicos en un montículo que dominaba la aldea.

Tras la ceremonia, los jeeps retomaron el camino de las granjas para proseguir la búsqueda de Katheleen a partir del hallazgo realizado horas antes, al inicio de la noche.

Una vez situados sobre el terreno, Changrah y otro porteador —ambos excepcionales rastreadores— tomaron el mando del grupo.

Todo marchó bien al principio.

— La operación no ofrece grandes dificultades —graznó Kright—, ¿crees que seguirá así?

—Siempre que continúe blando y húmedo el terreno —repuso el aludido.

Así fue efectivamente.

Con todo, tardaron casi una hora en llegar a donde el Land Rover de Sakima recogiera a la secuestrada Kat. El detective soltó una exclamación de contrariedad, porque, a partir de entonces, la muchacha podía haber sido trasladada a cualquier parte aprovechando las horas de la noche que les llevaban de delantera.

Desdobló un mapa de la zona, que analizó cuidadosamente con el jefe de los porteadores. Los poblados eran escasos en dirección a Nyakahanga, ciudad esta última donde, por muchos indicios, parecía haberse dirigido el Land Rover de los secuestradores.

—¿Opinas lo mismo que yo? —demandó Kright.

—Por supuesto —replicó Changrah—. Land Rover marchar rectamente a Nyakahanga.

Al menos, querer significar eso.

El detective continuaba examinando el mapa con el rostro sombrío y cejijunto, pero...

—¿Y no puede ser una finta para despistarnos? —saltó ahora con recelo—. ¿Quién asegura que no torcieron hacia el Victoria en cualquier accidente del terreno donde no quedaran impresas las huellas de su rodada?

—Nadie, nadie... —convino el nativo—. Pudo suceder muy bien.

El detective encendió un cigarrillo. Dijo:

—Veo misiones al este de, Nyakahanga. ¿Las conocías tú?

—Oh, sí —repuso Changrah con el infantil orgullo de los negros—. Padre William Duncan ser amigo mío y dirige una misión.

—¿Has dicho Duncan? —objetó rápidamente Kright—. ¿No es ese el apellido de la hermana Lucy?

La pregunta pareció sorprender al jefe de los porteadores. Reparaba en ello por vez primera.

—Cierto —asintió—, aunque yo ignorarlo porque nunca había estado en la Misión de Kibungu. La hermana Lucy era una mujer totalmente desconocida para mí.

—Y ahora que lo sabes —insistió Kright—, ¿no te parece un tanto coincidente que tengan el mismo apellido y que ambos sean ingleses y religiosos?

—Y tanto que sí.

La afirmación de Changrah reforzó la creencia de Kright, de que este parentesco era

posible entre dos misioneros, y que la monja de Kibungu se lo había callado para no descubrir el itinerario que posiblemente seguiría Montgomery en su desplazamiento a Tanzania. Sor Lucy Duncan jamás disimuló la estimación que sentía por el extraño fotógrafo que intentaba proteger.

Kright rechazaba que la monja les hubiera mentido en la Misión porque fue la única que se interesó por Bill a través de la embajada de Ruanda en Londres en virtud de los peligros a que estaba expuesto en sus filmaciones por el Africa Central. Pero de esto, a declarar toda la verdad sobre el «affaire Montgomery», podía plantearle incluso problemas de conciencia. Era una religiosa muy discreta.

Kright se entretuvo en estas consideraciones por una razón capital: dentro de poco podían perder las rodadas del Land Rover y verse forzados a elegir una ruta entre varias; así que cuanto más datos tuvieran para formar la decisión final, es evidente que mayores serían sus probabilidades de acertar.

Al comentarlo con Changrah, éste se sumó inmediatamente a la sugerencia del detective.

Pero, al margen de esto, Kright se sentía atrapado por otros pensamientos.

—Me da en las narices —declaró—, que nos encontramos cerca del paradero de Bill Montgomery y que su persecución se está terminando. Lo que no relaciono es el rapto de Kat —arguyó—, o lo relaciono en términos desfavorables...

Changrah era un hombre inteligente.

—¿Chantajé, *master*?

—Ojalá lo supiera —repuso—, pero me consta que no han raptado a la sobrina del embajador inglés por el simple hecho de raptarla. El asunto puede levantar una gran polvareda a nivel gubernamental, y ellos lo saben.

—¿Cree que ha sido una acción desesperada?

El detective tardó unos segundos en responder.

—Cuando menos urgente —dijo al fin.

El jefe de los porteadores se dio cuenta de que Kright no quería ampliar su respuesta por el momento, y no hizo más preguntas.

* * *

Por espacio de tres horas rodaron sin dificultad, pero, a partir de allí, las detenciones fueron cada vez más frecuentes, porque las huellas del Land Rover resultaban imprecisas, escasas, hasta desaparecer totalmente del terreno. Así, alrededor del mediodía, marchaban ya completamente al azar. El detective ordenó hacer alto, que aprovecharon para almorzar ya que no habían probado bocado desde la salida del sol.

Al abrigo de unos árboles, abrieron varias latas de carne que acompañaron con galletas y unos tragos de aguardiente. Mientras comían, Kright tomó la decisión de dirigirse a Nyakahanga sin perder más tiempo en buscar la pista del Land Rover. Esto suponía cubrir casi cuarenta millas en lo que quedaba de tarde.

—Pernoctaremos en la Misión —aclaró el detective—, ya que siento gran curiosidad por conocer al padre William Duncan.

Una hora después reemprendían la marcha.

Alrededor de las seis de la tarde, y cuando se encontraban apenas a quince millas de la Misión, ocurrió lo que de alguna forma siempre había temido. Se produjo una explosión cerca del primer jeep, provocada por una granada de mano, que, afortunadamente, no causó desgracias personales entre los hombres de Kright, pero que demostraba que el ataque iba en serio aquella vez, supuesto que en las anteriores hubiera tenido únicamente el valor de un aviso.

—¡Saltad de los jeeps! ¡Rápido...!

Orden casi superflua porque los porteadores se tiraron como liebres e intentaron desplegarse sobre una franja de terreno, que, por desgracia, era lisa como la palma de la mano, ya que había sido bien escogida por los agresores.

Tampoco en esta ocasión empleaban máuseres viejos, sino excelentes metralletas cuyas ráfagas barrían el suelo y levantaban diminutas columnas de polvo a cada trazo.

Kright comprendió que habían caído en una trampa de la que difícilmente lograrían escapar. Vio como varios hombres de su escolta eran literalmente barridos de este mundo con los primeros compases... Aparte de él, ya sólo Changrah y dos porteadores quedaban con vida, pero, seguramente, por poco tiempo... Las armas no cesaban de tronar en todas direcciones.

Jugándose el pellejo a cara o cruz, saltó a su izquierda, embistiendo el facineroso que le cerraba el camino en aquella dirección, y sobre el que vació todo el cargador de su Smith 38. El bandido esquivó los primeros proyectiles, pero no pudo hacer lo mismo con los últimos. Una bala le entró por la boca, se le llevó cuatro dientes, el velo del paladar, un trozo de faringe y el «árbol de la vida» del cerebro, antes de salirle por la base del cráneo.

Un notable destrozo.

Saltando sobre el cadáver, Kright rodó por un declive hasta dar con el herbazal alzado al término del calvero, que podía ofrecerle una ocultación momentánea e incluso un modo de escapar de la muerte si la fortuna le favorecía.

Apenas conseguido su propósito, escuchó una algarabía de gritos y de juramentos a sus espaldas, acompañados de carreras de disparos al buen tuntún, lo que demostraba que se habían dado cuenta de su huida y que se lanzaban en su persecución.

El instinto guiaba al detective y la fuerza física ponía alas a sus piernas porque si conseguía que no le alcanzaran duran te un par de horas, el crepúsculo se echaría sobre la llanura y las sombras harían prácticamente inútil la redada. Pero él tendría tiempo de alcanzar la Misión y de alertar a los encargados de la misma ante la previsible eventualidad de un ataque.

En Nyakahanga había un importante retén policial a la altura de la

ciudad, capaz de proteger eficazmente a la Misión.

Sin parar nunca de correr, Kright oía cada vez más lejos las voces de sus perseguidores, lo que le proporcionaba un notable alivio en su fuga.

Sólo detuvo la galopada cuando se consideró lo suficientemente seguro como para no malgastar energías que más tarde podían hacerle falta.

Así, fatigado y vigilante, dejó que cayeran las sombras de la noche sobre los tallos,

mientras que un viento sureño, recién levantado con la oscuridad, llenaba la atmósfera de sospechosos silbidos...

Kright no cesó de andar en dirección noroeste para alcanzar los aledaños misionales de Nyakahanga, pero con ciertas dificultades ahora que se hallaba privado del infalible instinto de orientación de Changrah y de sus hombres.

Las cosas se complicaron, precisamente, cuando Kright se consideraba fuera de peligro.

Alrededor de las once, encontró ante sí una barrera infranqueable: un caudaloso torrente, tributario de alguno de los lagos próximos al Victoria, que le cerraba el paso al oeste y le impedía seguir adelante, a no ser que encontrase un vado.

Cruzar aquel lecho embravecido podía ser cuestión de tiempo y de fortuna, cosas ambas que ahora jugaban a su favor; no podía perder aquella oportunidad sin caer de nuevo en manos de sus perseguidores, que se ensañarían con él sin la menor piedad. Le despellejarían vivo.

La segunda complicación vino después, apenas oyó el ladrar de una jauría, aún a gran distancia, pero que sospechó que la habían puesto allí para rastrear su pista y atacarle.

¡La que faltaba!

El furioso y lejano ladrido de los canes era contestado insistentemente por el *yuhiiiipeeeé* de falsas hienas que el detective conocía muy bien.

—¡Malditos bergantes! —gruñó Kright, colérico—. ¡No me dejaré coger vivo!

Pero lo difícil no era decir eso, sino llevarlo a la práctica. Así que volvió a emprender la huida por el margen fluvial buscando un lugar desde el que pudiera atravesar la corriente con algunas probabilidades de éxito...

En aquellos críticos momentos, pensó en Changrah y sus hombres. ¿Quedaría alguno de ellos con vida?

Conforme pasaban los minutos, pero se le ponían las cosas. Se daba cuenta de que los perros con sus ladridos y las hienas con sus risas le iban acorralando en un territorio cada vez más pequeño... De continuar así, en breve tiempo se vería obligado a defender su vida por última vez...

Recargó su Smith 38, y ya sólo se preocupó de encontrar un sitio adecuado para no desperdiciar ni una bala. Después, cuando se viera desarmado, se arrojaría de cabeza al río.

Cerca de allí se alzaba un repecho rocoso resguardado del viento, que tal vez consiguiera desorientar el olfato de los perros... Kright trepó agachado hasta la cumbre, y esperó.

Pronto empezaron a perfilarse sombras móviles alrededor del estribo que le servía de refugio.

La atención del hombre acorralado se puso en alerta roja, y con mano firme engatilló la Smith...

CAPITULO X

Kat había salido de la Misión de Nyakahanga con las primeras luces de la tarde. Cerca de los edificios, como a cuarto de milla del hospital indígena, había acotado un terreno lleno de cruces...

Las había de todas clases, y en torno a ellas flores mustias o totalmente resacas... Un cementerio.

Sakima, que acompañaba a Kat, extendió el brazo en un momento dado y señaló un montón de tierra sobre el que descansaba una lápida de madera incorruptible con los siguientes caracteres toscamente esculpidos:

B. M.

ASESINADO EL 1 DE MARZO DE 1971

DESCANSA EN PAZ

Aun sin haber conocido al fotógrafo. Kat sintió cierto encogimiento.

—¡Muerto! —exclamó.

—Asesinado —rectificó Sakima—, tal y como leer en sepultura. Asesinado por hombres de Fathulla.

La sobrina del embajador tuvo que rendirse a la evidencia. Nada de lo que habían sospechado con Kright quedaba en pie.

—¿Es cierto entonces que Montgomery huía de ese desalmado cabecilla negro?

—Cierto —confirmó la bella mujer indígena—. Siempre huir. Yo con él.

Kat, que recordaba que los desplazamientos del fotógrafo se producían pocas horas antes de la llegada de Fathulla, preguntó:

—¿Por qué se entretenía tanto tiempo en las aldeas que tropezaba por el camino? ¿No organizaba incluso pequeñas fiestas antes de abandonarlas? —Se pasó una mano por el cabello que el viento revoloteaba—. ¿Por qué desafiaba de este modo la suerte?

—Ser valiente y querer vengar mi desgracia. Toda mi familia morir cuando las matanzas del año pasado (1). Fathulla recoger botín,

saquear poblados y misiones, robar, extorsionar... Dirigirlo todo, pero nunca dar cara. Decir algunos que trabajar de agitador para potencia extranjera. En Africa haber grandes reservas de petróleo y de uranio. Muchos querer meter mano. ¿Que Fathulla cobrar por eso? También posible.

(1) Matanza de centenares de tutsis en manos de los hutus a mediados de los años 70.

La apasionada verborrea de Sakima saltaba con frecuencia de una cosa a la siguiente sin haber terminado con la primera.

—¿Dices tú que míster Montgomery se entretenía en los poblados negros para atraer a los hombres de Fathulla y vengar tu desgracia? ¿Podía enfrentarse realmente con la banda armada o alguno de sus dirigentes?

—No poder decir nunca por qué hacer eso —repuso—, pero afirmar que hacerlo para bien mío y de mis hermanos. Mientras atraer a Fathulla otros escapar con películas. Ser muy importante.

Por las explicaciones de Sakima parecía claro que lo que verdaderamente quería salvar

el fotógrafo era su obra filmada, pero ¿por qué?, ¿con qué fin? ¿Engañaba a Sakima con sus promesas?

Kat observó a la guapa negra. Era una joven incitante, muy bien proporcionada, temperamental... Su sensibilidad erótica tenía que ser igualmente extraordinaria. Se atrevió a preguntarle:

—¿Le amabas mucho?

—¡Con toda mi alma!

Kat encendió un cigarrillo.

—¿No fuiste la amante de Fathulla?

Sakima se rió ahora de forma nerviosa e impersonal.

—Yo hice correr la noticia —dijo—, cuando regresar del destruido poblado de mis padres... Andar muchas bandas por territorio Kibungu, pero todas temer a Fathulla. Así nadie atreverse conmigo. Pensar todos que yo ser fruta prohibida. Incluso mis hermanos del poblado. ¿Quién molestar una mujer de Fathulla? —la joven de color suspiró—.

Ser tiempos muy difíciles para salvar vida. Tener que mentir.

Sí, todo parecía explicado.

Sakima, que llevaba un pequeño ramo de violetas silvestres, lo depositó en el sepulcro de Bill.

Luego, empezaron a remontar el camino de la Misión. Sin prisas, parándose continuamente por el camino.

—¿Cómo lo mataron?

Sakima volvió a trenzar sus recuerdos.

—Veinte días después de darles esquinazo en una aldea que ellos saquear al norte de Biharamulo. Bill saber por mensajero que sus películas encontrar escondidas en Misión de Nyakahanga. Entonces él sentirse aliviado y descuidar protección. Decir que a partir de aquel momento organizar venganza. Pero ya no tener tiempo. Ser perseguido y matar cerca de Bukoba donde querer embarcar para Kampala. Decir que allí contactar con jerarquía católica y hacer copias película para mandar a Comité Derechos Humanos.

Pensó Kat que el mensaje comprometedor para Fathulla debía encontrarse en las imágenes, y, no obstante, seguía dudando de si Montgomery se hallaba en sus cabales cuando afirmara esto, o si engañaba a todos y lo que deseaba realmente. era comercializar las filmaciones en otra empresa distinta de *Telegraph Films* para sacarles mayor provecho. Esto último lo había comentado con Kright en cierta ocasión anterior.

Era evidente que en este caso, Montgomery intentaría aprovecharse de todo el mundo, y muy especialmente de la obra misional, para encubrir sus sucios intereses. ¿Quién conocía en realidad el trasfondo de aquel terrorista arrepentido? ¿Cuál era la verdadera personalidad de Bill Montgomery?

Pero esto suponía también que Fathulla estaba al tanto del valor de las películas traducidas en algunos centenares de miles de dólares por tratarse de un documento excepcional.

—¿Lo sabía?

—Y tanto que sí —confirmó la joven con vehemencia—, ¡por eso asesinó a Bill? ¡El canalla matar siempre por dinero!

Razonamiento este que no cuadraba con el análisis de Kat.

—¿Qué ganaba con matarle, Sakima —interrogó—, si lo que le interesaba eran las cintas? Una vez muerto, ¿quién le iba a descubrir el escondite del celuloide?

—Ahora comprenderte —repuso—, Fathulla saber ya eso, sino no matar a Bill. Pero como ya no necesitar, cerrar su boca. Decir que hombre muerto testigo en el cielo. Reírse.

Kat abrió los ojos con escepticismo.

—¿Dices que Fathulla sabía dónde se guardan las filmaciones que tanto le interesan?

—Saber, sí.

—¡Cómo es eso! ¿Por qué no ataca entonces la Misión e intenta adueñarse de los tambores? ¿Qué se lo impide?

—Fácil. Los tambores los tiene ya.

Kat creía estar soñando.

—¿Los tiene? ¿No me dejaste entender que no?

—Explicarme mal —dijo Sakima—. Fathulla tener todo lo que no interesar para perjudicarlo. Buen material, pero no acusador contra él.

Ahora estaba más claro.

—Venir a recogerlo lugarteniente tras hablar con padre William Duncan. Religioso poder entregar tambores porque tener autorización de su hermana, sor Lucy Duncan, de Misión de Kibungu. Montgomery dejar testamento escrito a monja donde prevenir todos los supuestos de su muerte violenta.

Kat pasaba de sorpresa en sorpresa, pero, al menos, se explicaba ahora por qué la misionera de Kibungu estaba tan pendiente de la seguridad de Bill Montgomery, y como, a su manera y sin quebrantar el secreto del testamento ológrafo, había hecho cuanto estuvo en su mano para proteger la vida del fotógrafo tan claramente amenazada por el cabecilla negro.

Kat se iba enterando de todo. Pensó que a Kright le hubiera interesado encontrarse allí.

Pero le quedaba una pregunta por formular:

—¿Por qué me secuestraste, Sakima? ¿No podíamos haber establecido comunicación de forma más, más... civilizada?

La hermosa negra sonrió.

—Tú ser sobrina un embajador. Tú ser buena. Tener que salvar —explicó—, porque tú y míster Kright vengar a Bill.

—¡Eh! ¿Conoces a Dan?

Sakima titubeó un momento, y por toda respuesta llamó a Abú Malé, ordenándole:

—Prepara el Land Rover. Vamos a partir, aunque la noche nos sorprenda por el camino.

Justo en el momento en que Kright iba a mover el gatillo de su Smith 38 para despachar al mastín que se le aproximaba, ocurrió algo singular que le detuvo el dedo.

El perrazo, lejos de saltar sobre él para atacarle fieramente, se paró a escasos veinte pies de su escondrijo y se puso a ladrar con insistencia. Pero aquellos ladridos, sin embargo, habían cambiado de tono y carecían de la furiosa agresividad que cabía esperar de un animal que tenía acosada a su presa.

Vigilante y sumido en perplejidades, el detective escuchó disparos a continuación, acompañados de voces broncas y fragor de lucha, mientras que otros perros se habían acercado al primero y le observaban con el brillo fosfórico de sus pupilas, aunque sin ningún ademán de atacarle.

Pero su perplejidad se cambió en estupor cuando escuchó que le llamaban por su nombre:

—¡Míster Kright...! ¡Míster Kright!

—¡El diablo me lleve! —exclamó éste, pellizcándose para cerciorarse de que el cerebro no le jugase una mala pasada—, ¡Este tipo soy yo!

Con todo, dejó transcurrir un tiempo prudencial por si acaso.

Pero las voces seguían:

—¡Míster Kright! ¡Míster Kright!

No había confusión posible.

Los perros continuaban ladrando y únicamente el tiroteo disminuía de intensidad.

—¿No oye...? ¡Míster Kright!

—¡Diablo! —gruñó el aludido por lo bajo—, me van a gastar el apellido... —Y tomando una determinación, inquirió—: ¿Quién pregunta por mí?

Grande fue el regocijo que acompañó su interrogación, por otra parte plenamente justificada, ya que Kright no recordaba haber dejado conocidos por aquella zona.

—Salir, salir... míster Kright —gritaron al unisono—. Nada temer. Ser amigos. Nosotros atacar a Fathulla.

Todo parecía tan real y tan simple que el detective acabó por aceptar el envite.

—Vamos al grano —decidió.

Y pistola en mano se dejó ver a sus requeridores, que sujetaron a los nerviosos perros.

Al final del estribo rocoso le aguardaban hasta cuatro jóvenes negros de inconfundible estirpe masai, grupo que, normalmente, habita los grandes territorios al sur de Nairobi, llamados asimismo el «pueblo escogido por Dios», pero cuya trashumancia les lleva hasta más allá de la frontera tanzana y las lindes del lago Victoria. Los cuatro eran fuertes, inteligentes y de rasgos nobles.

Viendo Kright hasta ocho hileras de blanquísimos dientes que le sonreían, se tranquilizó enfundando el arma.

El más alto de ellos, que hablaba un inglés aceptable, se destacó de sus compañeros.

Anunció:

—Persona importante esperar hombre blanco.

—¿A mí? —preguntó con nuevo asombro—. ¿Dónde?

—Seguir. Yo llevar.

El resto de los masai abrieron paso. El detective fue tras el negro consumido por la curiosidad.

Los disparos sonaban ya de tarde en tarde...

No muy lejos de allí, Kright distinguió la silueta de un Land Rover y junto a él la sombra, aún confusa, de dos mujeres.

De pronto...

—¡No...! ¡Kat!

—¡Dan!

Espontáneamente, sin poner intención alguna en el acto, uno y otra corrieron al encuentro fundiéndose en un apretado abrazo, que, además de alegría, podía significar otras muchísimas cosas.

Al término de la expansión que, reloj en mano, duró más de la cuenta, Kat se separó del

detective para presentar a Sakima, que permanecía en segundo plano.

Inútil decir cuál fue la sorpresa del investigador cuando se enteró del fallecimiento de Bill Montgomery.

—¡El «muerto» de la historia! —exclamo—. ¡La tumba que no querían que yo encontrase jamás!

—Ciertamente —convino la muchacha negra.

Kright comprendió que Fathulla quería complicar a Montgomery en todas aquellas matanzas y evitar que su rastro fuera encontrado nunca. Sólo que se equivocó debido al superior talento del fotógrafo que implicó en su suerte a la admirable monja de la Misión de Kibungu y a la extraordinaria Sakima, que tenía ante sus ojos.

—¿Dices que las auténticas cintas se encuentran en Kigali?

—Sí —afirmó ella—, en la iglesia católica del Salvador. Al cuidado del padre Salvatore Grazziani.

Kright reflexionó:

—Por su culpa han muerto muchas personas.

Una hora después, se reagrupaban las fuerzas que tomaron parte en la

batida de los hombres de Fathulla y se recontaban los muertos y los heridos.

El detective experimentó otra gran alegría al distinguir a Changrah entre estos últimos.

No fue menor la que tuvo el guía negro.

—¿Pudiste escapar?

—Sí, *master*.

—¡Por los clavos de...! ¿Qué fue del resto de los hombres?

—Muertos —dijo—. Fueron cazados con los primeros disparos. No poder luchar por su vida.

Sin mucho esfuerzo, Kright recordó el triste momento en que hizo explosión una granada de mano, y que les obligó a saltar de los jeeps sin protección alguna sobre un maldito calvero.

—Los asesinaron fríamente — masculló ronco.

—Fue muy lamentable.

Cerca ya del amanecer, reemprendieron el regreso a la Misión de Nuakahanga. Pero estaban seguros de que Fathulla Hulule no estuvo al frente de sus hombres aquella noche. En una palabra: que la personalidad del cabecilla continuaba siendo un misterio para todos.

Pero ¿existía realmente Fathulla?

CAPITULO XI

Cuatro días después, Kright esperaba la visita del director gerente de *Telegraph Films*, míster Robert Jaffe, en el aeropuerto de Kigali. Se trataba, en definitiva, de resolver ciertas dificultades surgidas en cuanto a la propiedad de las cintas por parte de la empresa londinense.

Durante los cuatro días de espera en Kigali, el detective se dedicó a frecuentar la casa y la amistad de sir John Moody y de su encantadora sobrina Kat, sin descuidar tampoco las atenciones que debía a la incomparable Sakima.

Otra de las circunstancias que amenizaron los almuerzos y sobremesas en la embajada británica fue, sin duda alguna, la presencia de Mobú

Lek en las mismas. El agregado cultural de la embajada de Ruanda en Londres visitaba su país todos los meses para solventar problemas de la pequeña colonia de ciudadanos que trabajaban en el Reino Unido. Puede decirse que Mobú Lek tenía un pie en cada continente por la frecuencia de sus viajes aéreos.

* * *

Robert Jaffe llegó al aeropuerto acompañado de su secretaria *vamp*, que seguía llamando la atención de propios y extraños con su magnético rebullicio de caderas.

Míster Jaffe parecía preocupado y con razón. Kright había sido muy parco en sus explicaciones telefónicas, de forma que el primero llegaba a la capital africana con la mente prácticamente en blanco.

Se lo manifestó al detective al pie de la escalerilla del jet apenas se estrecharon las manos.

—Llevo treinta horas —dijo— dándole vueltas al asunto de las filmaciones que me traen aquí —escrutó el rostro de Kright con mirada profunda y analítica—. ¿Dice usted que una parte de las mismas fueron robadas directa o indirectamente de la Misión de Nyakahanga? ¿Qué ocurrió realmente?

El detective hizo un gesto de sosiego con la mano.

—No precipitemos las cosas, míster Jaffe. Pronto saldrá usted de dudas, ya que por eso reclamé su presencia física en Kigali.

—Comprendo, comprendo... —repuso nervioso, tal vez pensando en el elevado valor comercial de aquellos documentos—, pero ¿cuándo?

Penetraron en el vestíbulo. Kright cedió el paso a la *vamp*.

—Esta tarde a las cinco —contestó a Jaffe—. Como les he reservado habitaciones en el Excelsior, pasaré a recogerles por el hotel veinte minutos antes de la hora.

—¿Adónde tenemos que ir?

—A un pequeño local que tengo alquilado cerca de la embajada británica.

—¿No puede decirme más?

—Lo siento.

—¡Diablos! ¿Por qué está tan misterioso?

El aludido se mostró imperturbable.

—Dentro de pocas horas sabrá usted el motivo —replicó.

La secretaria intervino ahora:

—La mente de míster Kright funciona como un ordenador, jefe —se burló—. Pone cada cosa en el sitio conveniente.

—Seguro que no —dijo éste, clavando una provocadora mirada en las curvas de la *vamp*.

Pero, a continuación, cambió de tercio, interrogando—: Dígame, ¿es la primera vez que visita Kigali, miss?

Tardó unos segundos en responder.

—Estuve aquí durante las pasadas vacaciones de Navidad —repuso con voz levemente ronca.

—Hace dos meses de esto, ¿verdad?

—No resulta tan difícil de calcular —desafió—. ¿Le preocupan mis viajes?

—¿Preocuparme a mí? —repitió reluciente—. En absoluto.

Pero Robert Jaffe se encaró con la *vamp*.

—Nunca me lo dijiste, Elisabeth.

Se encogió de hombros. Su gesto carecía, sin embargo, de naturalidad.

—No le concedí importancia.

Penetraron en el vestíbulo del Excelsior. Kright les renovó la promesa de recogerles a las cinco de la tarde.

—*Good bye*.

* * *

Alrededor de esta hora, siete personas se reunieron en un local situado frente a la embajada inglesa. Aparte de sir John y de su sobrina Kat, se encontraban Mobú Lek con su impecable traje claro a rayas negras,

Robert Jaffe asistido de la *vamp*, y la bella y vengadora Sakima. También había un desconocido, con tipo de guardaespaldas anónimo, que sonreía de manera inefable. Casi todos los «protectores» negros tienen la sonrisa de no haber roto jamás un plato.

Jaffe, más nervioso que nunca —flotaba una imprecisa, pero expectante, tensión en el ambiente—, interrogó:

—Y ahora ¿qué, Kright?

El detective encendió un Dunhill antes de responder:

—Veremos cine, un poco de cine, míster Jaffe.

—¿Cine? ¡Eh!, ¿se refiere a las cintas de Bill Montgomery?

—Unos fragmentos tan sólo, seleccionados cuidadosamente para un vídeo de quince minutos de duración como más.

Los ojos de la secretaria *vamp* brillaban como dos gemas.

—¿Es esto necesario?

—Lo es —confirmó Kright con dureza—. ¿Piensa usted que soy un tipo que le gusta perder el tiempo o hacérselo perder a los demás? Está completamente equivocada, miss...

Mobú Lek, que charlaba con sir John, debió oír los últimos comentarios del detective

porque...

—¿Qué clase de cine, Kright?

—Terror negro. ¿Cree que podrá resistir la impresión, míster Mobú Lek?

—Depende. Además hay mujeres... ¿No sería mejor dejarlo para otra ocasión?

—Me temo que no.

El agregado cultural de la embajada de Ruanda en Londres se separó del embajador inglés y se aproximó al detective.

—Se está equivocando, Bright. Mejor será que explique el argumento de la filmación.

Jaffe se acercó al grupo, inquieto.

—No entiendo nada; pero ¿por qué se opone a la proyección, Mobú Lek?

El aludido deslizó suavemente:

—Míster Kright se lo dirá. Es lo que desea.

—Me parece bien —aceptó Dan—, Las imágenes que iban a ver... y que podrán ver a continuación, explican de qué forma fue engañado un fotógrafo aventurero y genial durante la rebelión de los hutus que causaron miles de víctimas en todo el país. Alguien facilitó el trabajo de Bill Montgomery avisándole, previamente, de lo que podía suceder en las zonas de conflicto, para que él acudiera con sus cámaras y pudiera captar las devastaciones y matanzas que ocurrían. La cosa funcionó bien mientras duró la credulidad de Montgomery. pero, cuando éste empezó a recelar de su confidente, determinó funcionar por su cuenta sin despertar las sospechas del otro. Entonces descubrió dos cosas, ¿me siguen ustedes?

Mobú Lek había cruzado los brazos sobre su pecho de gigante.

—Continúe —graznó.

—El primer descubrimiento fue desvelar la personalidad de Fathulla Hulule, que casi siempre permanecía en la sombra desde donde dirigía a sus peones...

—¿Y la segunda?

—La segunda, fue captar con teleobjetivo cómo una deslumbrante señorita inglesa entregaba un abultado fajo de libras esterlinas a Fathulla en un hotel de esta capital. Le diré, para terminar, que dicha señorita era una infiltrada en *Telegraph Films*, pues ella trabajaba para una compañía rival... —Dan se llevó el cigarrillo a los labios con un estudiado silencio que nadie quebró—. ¿Quiere conocer los nombres y apellidos de Fathulla y de la señorita inglesa que le digo, señor agregado cultural?

—Termine.

—Fathulla Hulule no es otro que Mobú Lek... ¡Usted! Ella es Elisabeth Ritchie, secretaria de Robert Ja...

—¡Nooo...!

Todo ocurrió con rapidez.

Mobú Lek se lanzó adelante, pero fue cazado por un potente puñetazo al mentón que le dirigió el detective. Trastabilló, estrellando su corpachón contra la pared... Sonó entonces un disparo. Sakima tenía aún en la mano un cañón humeante.

—¡Puerco! ¡Asesino de Bill! —roncó con una fiereza indómita—, ¡También liquidaste a toda mi familia!

La bala, rectamente dirigida, había penetrado en la cuenca orbital del ojo del negro, destrozándose el cerebro. Cayó de bruces con el rostro cubierto por una máscara de

sangre.

La secretaria *vamp* había intentado huir, pero fue retenida por el guardaespaldas negro.

—Tranquilízate, bombón —fe dijo con la más cortesana de sus sonrisas—. No tengas tanta prisa en ir a la cárcel.

Ya más apaciguados los ánimos, se avisó a la policía de Kigali.

* * *

Katheleen Moody había decidido pasar una temporada en su residencia londinense. Así que tomó el avión conjuntamente con el detective de Stamford Street.

En la terminal del aeródromo se despidieron de la bella Sakima.

Kright la besó. Era una costumbre que estaba popularizando en Africa con las bellas muchachas de color. Un beso dulzón, lleno de fortaleza y sentimiento, en plena boca de Sakima.

—Seré siempre tu amigo —fe dijo—. Eres una mujer extraordinaria.

—Que no supo salvar la vida de Bill —se recriminó ella.

—Pero salvaste su obra y lo que él más quería: que su muerte ni tu sufrimiento quedaran impunes.

—Sí, eso es cierto —convino.

Estaban al pie de la escalerilla del avión.

—Adiós, Sakima —murmuró a su vez Kat—. Tanto en Londres, como en Kigali o donde sea, tendrás siempre una amiga.

—Gracias, gracias... miss Kat.

Estaban a punto de retirar la escalerilla.

Dan Kright demostró por última vez cuán sentimental era.

—¡Sakima! —exclamó, inclinándose de nuevo para gratificarla con un segundo y prolongado beso.

—Oh...

El jumbo empezó a deslizarse sobre la pista...

Kat miró a su compañero, sentado en la butaca contigua, y comentó:

—Nunca nos cansamos de enseñarles cosas a los negros..., sobre todo si las aprendizas son tan hermosas como Sakima.

Kright se ajustó las gafas de sol y restó importancia al suceso.

—Merecía un consuelo la criatura. ¡Se sentía tan desgraciada...!

—Oh, sí, sí... —confirmó Kat—. Tus métodos son irreprochables.

—Humm... —gruñó, sospechando que sus impulsos habían sido mal interpretados.

Estaban subiendo como una saeta hacia las sagradas fuentes del Nilo.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

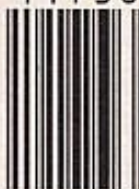
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España